



## LA CIENCIA QUÍMICA.

Es la química entre todas las ciencias la más moderna, mas no por esta circunstancia es la menos interesante. Para aparecer la química como ciencia ha sido necesario todo el tiempo trascurrido hasta el último tercio del siglo que precede, y todavía puede añadirse hasta principios del presente. Compréndese sin dificultad cómo el hombre ha podido tener conocimientos algun tanto extensos de las ciencias naturales, porque los seres, sin más que observarlos con atención, suministran caracteres para ordenarlos de alguna manera y poderlos estudiar; y hasta cierto punto hállanse en el mismo caso los conocimientos físicos, pues la física en nada cambia los cuerpos que somete á su estudio; mas no así la química, cuyo dominio principia allí donde termina la primera.

Aunque el hombre tuviese una paciencia sin límites, hubiese alcanzado una vida de larguísima duración, ó bien, en cierto modo, la hubiera prolongado en sus descendientes, dejándoles por herencia sus observaciones, ya por tradición, ya por escrito, dice un distinguido autor (1), la ciencia química jamás hubiera sido conocida. Efectivamente, los fenómenos químicos que la Naturaleza ofrece á nuestra observación son difícilísimos de comprender, y mal podía ordenarlos para establecer algo que tuviese carácter de ciencia; por lo tanto, no debē sorprendernos que los filósofos de todas las escuelas racionales, de todas las sectas y de todos los siglos que han precedido al anterior, y aún al nuestro, no hayan llegado á constituir la ciencia química. Era preciso para esto que el hombre, sér sublime, remedo de la Divinidad, añadiese á la facultad de observar la que posee de inventar y de progresar. Hízolo, y no contentándose con lo que en los cuerpos puede notarse sin alterarlos, con el trascurso de los tiempos y con el esfuerzo de su ingenio halló medios para trasformarlos de diversas maneras y conocer las relaciones que tienen entre sí, hasta el punto de deducir leyes y poder poner la ciencia química en conformidad con el texto bíblico: *Sed omnia in mensura, et numero et pondere disposuisti. Dios*

(1) Baudrimont: *Traité de chimie*, t. I.

ha dispuesto todas las cosas con justa medida, número y peso (1), tema de este desaliñado discurso (2).

### I.

En el desarrollo de las ciencias se observa una circunstancia muy digna de fijar la atención, que es la lucha de dos tendencias: práctica la una por excelencia, y teórica la otra, entre las cuales, ni en los siglos que preceden ni en el presente nos parece ha existido el justo equilibrio. Es mucha la propension que tenemos á darnos explicacion de todo, aunque carezcamos de los conocimientos suficientes para ello, y de aquí las hipótesis y las teorías que á veces aún los mismos que las inventan suelen no creer, pero que muchos las consideran como verdades y dejan de hacer uso de sus facultades intelectuales. Esto sucede principalmente cuando los inventores son de aquellos que pasan por sabios ó que realmente lo son, pero que, extraviados por lo mucho que les sugiere su fogosa imaginacion, prescinden de cuanto contraria sus fantásticas concepciones, y llegan algunos, demasiados siempre, á convertirse en verdaderos visionarios. Las hipótesis y las teorías que brotan de hombres que carecen de autoridad, pocas veces ejercen tan pernicioso influjo, en razon á que los errores en que suelen incurrir pasan como un meteoro sin dejar la menor señal de su existencia. Este achaque de nuestra época ha sido una enfermedad de todos los tiempos, y para curarla, Palissy, el famoso alfarero de Paris, el filósofo siempre respetado Francisco Bacon y el sabio Boile alzaron su voz contra las hipótesis descabelladas, é invocaron la experiencia, fuente la más clara y la más abundante del humano saber. ¿Pero el hombre ha hecho alto cuando por estos y otros profundos pensadores se le ha demostrado que el camino que se seguía no es el que conduce al mayor progreso de las ciencias? Algun efecto produjeron sin duda tan saludables consejos; pero ha sucedido lo propio que á aquel que ha experimentado un contratiempo en la vida, y escarmentado por el pronto, vuelve á incurrir en las mismas faltas y á sufrir nuevos reveses.

El daño que producen las hipótesis y teorías que

(1) Libro de la Sabiduría: Cap. XI, vers. 21.

(2) Leído en la solemne apertura del curso académico de 1877 á 1878 en la Universidad Central.

no están fundadas en hechos exactamente demostrados, hay quien supone y aún cree, lo que es un grave error, que sólo afecta á lo que llaman medianías y á las inteligencias limitadas, por más que sea una verdad que las últimas están siempre dispuestas á dar su asentimiento, no sólo al error, sino hasta á lo más absurdo; pues no hay idea, por extravagante que sea, que no haya tenido partidarios fogosos y hasta intransigentes. Aun las inteligencias privilegiadas han dado también algunas veces su asentimiento al error; y en prueba de esto podemos citar al filósofo Kant, quien entre los alemanes ha pasado por una semi-divinidad, que en el siglo anterior comparó la falsa teoría de Stahl, por lo que respecta á su importancia, con la ley del descenso de los graves que con tanta claridad había formulado el muy ilustre filósofo Galileo, y hasta el gran Lavoisier, en los primeros años de su brillantísima carrera, se adhirió á una teoría absurda del químico alemán Meyer, y rechazó los hechos evidentes que en contra presentó Blak, que eran la expresión de la verdad, y por lo tanto absolutamente opuestos á ella.

La química, como todas las ciencias, ha tenido en su infancia un carácter puramente experimental. La inteligencia, libre de toda traba y sin atenerse á ningún juicio previo, aprecia simplemente los hechos, y esto es lo que constantemente se ha observado en los pueblos que se hallan en un estado rudimentario de civilización, aunque respectiva, como la de los mejicanos y peruanos, cuando la virilidad española puso su planta en aquel mundo desconocido. Sabían muy poco los mejicanos y los peruanos, pero este poco era puramente experimental.

Este período comprende la más remota antigüedad y se enlaza con otro en que el entendimiento humano abandona hasta cierto punto el buen camino de la experiencia, y se da á lo sobrenatural y maravilloso, y de aquí el origen de tantas doctrinas tan poco razonables como las del Arte sagrado y de la alquimia. En este segundo período se halla comprendido todo ese tiempo nebuloso, mas no para todo, que conocemos con el nombre de Edad media. Llega por fin el período actual, en que la ciencia adquiere un carácter más definido, y habla á la razón con los hechos y no á la imaginación que halla deleite en la variedad de las cosas. Así, pues, un hecho experimental no se interpreta hoy como lo hacía Jorge Agricola, quien suponía que en las galerías de las minas existían espíritus malignos que mataban á los operarios, sino que decimos que en ellas hay un gas irrespirable que causa la muerte; ni explicamos tampoco el ascenso de un líquido en un cuerpo de bomba por el horror al vacío.

## II.

Remontémonos hasta los tiempos más remotos que han precedido á nuestra era y de que hay historia, por más que esta se roce con la fábula, y no hallamos ningún autor que nos hable de la química; pero se nota ya la existencia de no pocos materiales para su futura formación, materiales que atesoraban las artes para cederlos con el tiempo á las ciencias, de las cuales á su vez habían de recibir importantísimos auxilios en épocas posteriores y sobre todo en la actual.

El origen de los conocimientos químicos le hallamos en los primeros pueblos que alcanzaron los beneficios de la civilización. El hombre en sociedad se halla rodeado de necesidades que desconoce el salvaje, y para satisfacerlas fué preciso inventar los medios. Compréndese que los pueblos más exuberantes, en que las necesidades de la vida son siempre mayores, sean los que en todos los tiempos han hecho más adelantos en los diferentes ramos del saber humano; mas la necesidad no ha sido la causa única: en los grandes centros de población el entendimiento se desarrolla con la comunicación de las ideas, y hasta se excita con la emulación.

Es general la creencia de que en la antigüedad las ciencias se han propagado del Oriente al Occidente, según nuestra posición geográfica. Pero con los conocimientos que actualmente poseen pueblos tan civilizados como la China y el Japon, ¿podría constituirse la ciencia química? En estas dos grandes naciones del Asia salen de su industria productos que nos admiran: antes que los europeos han conocido el papel, la imprenta, la pólvora, la porcelana, varios compuestos de mercurio, entre ellos el bermellón de singular belleza y otros muchos, y sin embargo, de estos países no ha podido salir la antorcha que alumbró hoy á tantas artes, así en Europa como en las naciones del Continente americano. Todos estos conocimientos son el fruto de la más escrupulosa observación, insuficiente por sí sola para constituir la ciencia química.

El imperio de los Faraones no puede negarse fué un centro de cultura en el que se dice adquirieron sus vastos conocimientos, para la época en que vivieron, Platon, Pitágoras, Sólon y Herodoto; y si esto así no fuese, bastaría para demostrarlo y convencernos de que los egipcios llegaron á un estado de civilización notable los restos que quedan de sus monumentos.

A Hermes Trimegisto, ó sea tres veces grande, se atribuye la invención de la química en Egipto, que, según un historiador grave, es una pura ficción mitológica; pero en lo que no parece cabe duda, es que en Tebas y en Méfis se enseñaba la química con el nombre de *Arte sagrado*, de un modo miste-

rioso, por los sacerdotes de los templos de estas dos grandes ciudades. Mal medio de propagar los conocimientos, si en esto, según algunos opinan, no hay algo de fábula; sin embargo, Eusebio y Sinesio opinan que Demócrito de Abdera, Pamenes y la profetisa María fueron iniciados en los misterios de este arte en el templo de Ménfis por el sacerdote Ostanes. Lo que hay de cierto es que entre los egipcios se hallaban en un estado floreciente ciertas artes que tienen relación con la química, tales son el vidriado de los vasos de barro con diversidad de matices; el vidrio, que sabían fabricarle blanco y de colores, dorarlo y cortarlo; la elaboración del vino y de la cerveza; la metalurgia del oro, de la plata, del cobre y aún del hierro, si bien no consta que hiciesen uso de este metal, en lo que se hallaban en el mismo estado que los mejicanos y que los peruanos cuando los españoles arribaron á ambas Américas; pues, según el famoso metalurgista español Alonso Barba, además del oro y la plata que la naturaleza ofrece en estado nativo, conocieron también el cobre, que con ménos frecuencia ofrece también en el mismo estado; pero es evidente que la verdadera ciencia érales desconocida.

Muy distintas son las civilizaciones griega y romana. Los griegos no se limitaron á observar: nótese en ellos una tendencia muy señalada á generalizar y á dar teorías que por su originalidad llaman sobremanera nuestra atención. Los romanos, por el contrario, ménos aficionados á lo ideal que los griegos, prefirieron conquistar el mundo y utilizar los conocimientos de éstos; la civilización romana tenía un carácter esencialmente práctico.

Táles de Mileto, que vivió unos seiscientos cuarenta años ántes de la Era cristiana, se afirma pasó parte de su vida en Egipto, y que en él fué iniciado, como otros filósofos griegos, en el Arte sagrado por los sacerdotes de Tebas y de Ménfis, pero con su genio traspasó los límites de los conocimientos que adquirió. Estudia atentamente la naturaleza; discurre acerca de la materia, y se pregunta: ¿cómo ésta se ha producido? La materia, dice este filósofo, ¿de dónde viene y á dónde va? Cuestión es esta que ha confundido á los filósofos de todos los tiempos. Seguro es, que si pudiéramos obtener una contestación del único Sér que pudiera dárnosla, diría: Ahí está mi creación; estudiadla y no exijais más, porque no está al alcance de vuestra limitada inteligencia. Ignoramos, pues, de todo punto de dónde ha venido la materia; pero como no perece, sabemos á dónde va. Cuando los cuerpos de que hace parte se destruyen por diferentes causas, pasa á formar otros, y esto sucederá hasta que disponga las cosas de otra manera el gran Sér que la formó.

El agua, decía Táles, es el principio de todo, y es la que ha producido todas las cosas. Efectivamente;

si á los elementos que constituyen el agua agregamos los que existen en el aire que en ella se halla disuelto, observamos que contiene los elementos de los vegetales y de los animales: preciso es conceder á este filósofo de la antigüedad que estaba en lo cierto; y no ha mucho que Dumas, uno de los químicos más distinguidos de nuestra época, se expresaba en términos semejantes.

Anaxímanes, algo posterior á Táles, consideró el aire como el principio de todos los séres, y nos dice: Todo viene del aire y todo vuelve á él; y hasta el alma era para este filósofo una cosa aeriforme; y añade, que el frío y el calor determinan las modificaciones de la materia. ¿No son, por ventura, estos los medios de que con frecuencia nos servimos en nuestras investigaciones analíticas y sintéticas? En verdad que las afirmaciones de Anaxímanes son admisibles hasta cierto punto. De igual manera opinaron los filósofos de la escuela eleática Xenófanes y Cenon, á cuyas ideas asociaron las del panteísmo.

Heráclito de Efeso consideró el fuego como el elemento de cuanto existe, cuyo agente, según él, determina todos los fenómenos y todos los cambios. El fuego, decía, destruye, pero constituye á la vez; lo que sabemos es verdad; pero no lo es que sea un elemento, porque el fuego no es materia como el aire y el agua; diferencia muy notable entre las ideas de este filósofo y las de Táles y de Anaxímanes. El mundo, decía Heráclito, que en un principio se halló en estado ígneo, volverá con el tiempo al mismo estado; pero la idea de este filósofo que más nos sorprende es la que tenía del fuego, que decía se alimenta de las partes sutiles del aire, y añade que el alma del mundo es el mismo cuerpo aeriforme que alimenta el fuego. ¿Conocería Heráclito el elemento oxígeno, del cual no se ha tenido la menor noción, puede casi afirmarse, hasta hace cien años? Estas ideas tan atrevidas, admisibles en parte, ¿emanan de la experiencia, ó son debidas á lo que podríamos llamar inspiración? Nada se halla en los escritos de los filósofos griegos que las compruebe, y lo mismo puede decirse de la filosofía de Empedócles, que establece la teoría de los cuatro elementos, aire, fuego, tierra y agua, que, adoptada por Aristóteles, ha llegado casi hasta nuestros días. Pero Empedócles fija más las ideas que los filósofos que le precedieron, pues admite que los cuatro elementos están constituidos por partículas pequeñísimas indivisibles, que son los verdaderos elementos de la naturaleza, entre los cuales se verifica la formación y destrucción de los cuerpos.

Los elementos de que se componen los cuerpos, según Empedócles, no son todos homogéneos, y daba por razón que los elementos del aire se combinaban con los del agua para dar origen á diversos

séres, y que esto mismo tenía lugar en la formación de los demas compuestos.

El fuego, según este filósofo cuyo ingenio estamos admirando, se diferenciaba de los demas elementos por él admitidos en que era el principio activo por excelencia, y á los demas les atribuía un carácter pasivo; pero admitía la amistad, ó llámese afinidad, y la enemistad, que preceden á la composición y descomposición de los cuerpos. En conformidad con estas ideas, dedujo que el mundo físico es la reunión de todas las combinaciones producidas por los elementos simples. ¿No son en gran parte éstas las ideas que hoy profesamos?

Leucipo, filósofo contemporáneo de Empedócles, inventó la hipótesis de los átomos, que explano después Demócrito. Los cuatro elementos que admitió Empedócles eran para este filósofo cuerpos compuestos, cuyas últimas partículas son indivisibles é inmutables, y de su cambio de posición y de su separación ó combinación dependen todas las variaciones de la forma en los diferentes cuerpos. Es á estas partículas indivisibles á las que Leucipo llamó *átomos*, que supuso están sometidos á un movimiento interior que es la causa de las combinaciones y descomposiciones. Respecto á su forma y tamaño, decía que eran variables, y que los había también esféricos. Es tal la extensión que dió Leucipo á su hipótesis, que hasta pretendió con ella dar explicación de las operaciones del entendimiento.

Demócrito de Abdera, discípulo de Leucipo, explicó la hipótesis de los átomos, cuya existencia se propuso demostrar. Sentó como principio este famoso pensador que si de la nada no sale nada, hay precisión de admitir el átomo; porque si todo cuerpo es divisible hasta lo infinito resultará una de dos cosas: ó que no quedará nada, ó que quedará siempre algo. En el primer caso, el cuerpo desaparecería ó resultaría constituido por una realidad aparente; y en el segundo, este filósofo nos dice: ¿Quedará una realidad ó una extensión? Quedarán puntos, nos manifiesta, que cualquiera que sea su número no pueden dar una extensión. Casi de igual manera ha tratado de demostrar la existencia del átomo hace unos 30 años un distinguido autor (1).

Los átomos, según este filósofo, son de peso y de volumen variable, y los más pequeños son los menos densos, y todos se hallan entre sí en estado activo ó pasivo, cuyo estado constituye su movimiento propio. Admitió también que los átomos son impenetrables, porque cada átomo resiste al átomo que tiende á desalojarle, cuya resistencia ocasiona un movimiento oscilatorio que se comunica á los átomos inmediatos, los cuales á su vez le transmiten á los átomos más distantes, de lo cual resulta un movimiento gi-

ratorio, que es el tipo de los movimientos del mundo.

Anaxágoras, Diógenes y Arquelaos opinaron como los demas filósofos de su escuela; nótese, sin embargo, alguna diferencia en lo que se refiere á la materia y á la formación de los séres, y varias de las consecuencias que deducen pueden aceptarse hoy sin inconveniente.

Platon, Aristóteles y Teófrasto admitieron los cuatro elementos de Empedócles, y además un éter. Sus ideas respecto á la formación de los séres son casi las mismas que profesaron los filósofos que les precedieron. El aire, decían estos filósofos, suministra los elementos de todas las cosas, y los séres animales no pueden vivir sin respirarle; los peces respiran el aire contenido en el agua, y si perecen en él es porque respiran demasiado.

Quando examinamos con atención las diversas teorías que han brotado del entendimiento humano para explicar los fenómenos de la naturaleza, nos admiramos las facultades generalizadoras de los filósofos griegos, cuya tendencia es nada ménos que abarcar todos los hechos. ¿Pero sus teorías son el producto de la imaginación que se entusiasma en presencia de las maravillas de la creación, ó son debidas á la atenta observación de los hechos? Hay en ellos gravísimos errores, pero también mucho de verdad, si verdades son los principios filosóficos que hoy admitimos en la ciencia química; y si bien dejan mucho que desear, son notables por lo atrevidas y por su originalidad: lo chocante es que estas ideas hayan llegado hasta nosotros sin pruebas que las apoyen. Preténdese que las obras en que estas doctrinas se hallaban expuestas acompañadas de los comprobantes han perecido; lo que es inadmisiblemente en buena lógica, porque todo debió perecer al mismo tiempo. Sería una cosa nunca vista que las obras que no van acompañadas de pruebas sean las que han llegado hasta nosotros, y hayan perecido las que comprendían los comprobantes. Faltan, es verdad, los hechos, nos dice un historiador grave (1), pero véase si en los talleres del herrero, del que trabaja otros metales, del fabricante de vidrio, del pintor, en las artes que se ejercían en Grecia y en el Imperio romano, no hallamos todos los elementos de una ciencia que estaba esperando un nombre. Todo esto nos parece demasiado insuficiente para que el entendimiento humano se remontase á tanta altura, y aún más, para que pudiera constituirse la ciencia que esperaba un nombre.

### III.

El arte sagrado era la química de los filósofos de la escuela de Alejandría, y la alquimia es la quími-

(1) Baudrimont: *Traité de chimie*, t. I.

(1) Hoeffler: *Histoire de la chimie*, t. I.

ca del largo período que conocemos con el nombre de Edad media, cuyas doctrinas han dominado por espacio de muchos siglos y han dado ocasion para que se constituya la verdadera química.

El objeto del arte alquímica, si tal nombre merece, fué en su primer periodo la trasformacion de los metales comunes ó viles en los metales preciosos, oro y plata; mas despues sus pretensiones se extendieron hasta querer obtener una panacea para prolongar la vida más allá del limite ordinario.

¿Cuál es la cuna de la alquimia? Los adeptos de este arte con carácter de secta decian que tuvo su origen en Egipto, y de esta opinion es el historiador Hoeffler, quien manifiesta creer que la trasformacion hacia parte de los conocimientos del arte sagrado, cuyo arte allí se cultivaba desde los tiempos históricos; pero Luis Figuier no concede tanta antigüedad á la alquimia, y duda, cuando ménos, que los sacerdotes egipcios poseyesen tantos conocimientos como algunos les suponen; concédeles, sin embargo, conocimientos prácticos, que no formaban un cuerpo de doctrina que pudiera llamarse ciencia, que aplicaban á las artes. La carencia de documentos conduce á pensar de esta manera; mas los que opinan lo contrario, dicen que su ciencia se hallaba expuesta en signos y jeroglíficos que no se han descifrado; y nosotros decimos que por los signos y jeroglíficos no descifrados, nada se puede afirmar ni negar. Lo que parece más natural es que la alquimia haya tenido su origen en las modificaciones que experimentan los cuerpos cuando reaccionan entre sí; y como los metales son los que mas se señalan en este concepto cuando se les somete á los procedimientos químicos, debieron creer que sería posible modificarlos hasta el punto de convertirlos en metales preciosos. Falta saber en qué tiempo se hicieron estas observaciones y cuándo tuvo lugar la aplicacion; porque lo lógico, en este período de la infancia de la química, era estudiar los cuerpos del modo que despues se ha hecho. La trasmutacion parece debía ser un objeto secundario; pero segun los datos que poseemos fué el principal.

Ningun documento concerniente á la alquimia que merezca algun crédito es anterior al siglo IV, y por lo tanto la sana critica histórica exige no anticipar su origen mucho más allá de esta época. Es más probable que la alquimia tuviese su cuna en el Bajo imperio, en la famosa Bizancio, que hácia el siglo IV fué el refugio de las letras y de las artes.

Figuier afirma que los primeros libros pertenecientes á la alquimia se publicaron en el siglo VII; pero como en este tiempo el Egipto pasaba por haber sido la cuna de todas las ciencias, pareció mejor á sus autores atribuirlos al personaje, tal vez fabuloso, Hermes, siendo bizantinos; y en el mismo caso se hallan varios libros que en esta época se publi-

caron, que se atribuyen á autores de tiempos muy anteriores.

En cuanto á la trasmutacion de los metales, lo más racional es atribuir las primeras investigaciones á los sabios de Constantinopla. Como los sabios griegos sostenian relaciones no interrumpidas con la escuela de Alejandria, la alquimia se cultivaba simultáneamente en Grecia y en Egipto, del que pasó á los árabes, quienes despues la importaron en España cuando la invadieron en el siglo VIII.

La Europa se resentia todavia no poco del atraso que la ocasionó la irrupcion de los bárbaros del Norte en el tiempo que España sufría la invasion de los árabes; pero si bien por ella perdía su independencia, que sabemos no pudo recobrar por completo sino al cabo de siete siglos, ganó por el pronto en su civilizacion y adelanto en las ciencias, de las que llegó á ser su depositaria; tanto esto es así, que los hombres ilustrados de Europa, que á la sazón no eran muchos, aquí venian á instruirse en las escuelas de Córdoba, la más notable de todas ellas, de Toledo, de Sevilla, de Granada y de Murcia. Trasmitióse por esta circunstancia la alquimia desde nuestra patria á las principales naciones, y cuando llegó á decaer la dominacion árabe, habia ya arraigado en ellas.

Es cosa rara que en nuestra nacion, desde donde se irradió la alquimia, se contase despues en ella tan pocos adeptos; figuran, es verdad, como tales el Rey Sabio, Raimundo Lulio, el Iluminado, Arnaldo de Vilanova y algun otro despues de poca cuenta como Caravantes. No es esto de extrañar: España se hallaba todavia empeñada en la reconquista, cuya grande obra terminó, segun sabemos, con la rendicion de Granada en 1492, y por esta circunstancia la manía alquímica no pudo hallar asiento. A la vista de esta bellisima ciudad, y aún bajo sus muros, se formó una escuela, no de alquimistas, sino de héroes, que tuvo por maestros los Gonzalo de Córdoba, los Ponce de Leon, los Aguilar y otros más, que con sus hazañas tanta gloria dieron á nuestra patria y tanta admiracion causaron en Europa. De esta escuela descenden los alquimistas que en aquellos tiempos tuvo España. Pues bien, cuando los alquimistas esparcidos por todas partes se afanaban por el hallazgo de la piedra filosofal, España apenas tenía un alquimista, por más que la sed de oro que devoraba á las naciones de Europa no la sintieron tambien nuestros antepasados. Pero en esta época, tan venturosa para nuestra patria, aparecióse un hombre de rara inteligencia con grandiosos proyectos, que ya habia paseado por algunas cortes. Llega este hombre singular fatigado de un penoso viaje al convento de la Rábida, y en él halla hospitalidad y consuelo de sus desventuras. Un modesto, ilustrado y caritativo religioso, fray

Juan Perez de Marchena, es quien recibe al viajero Colon, y éste, aliviado algun tanto de sus penas, halla ocasion de manifestar sus planes al padre Marchena. ¿De qué cosas al parecer tan pequeñas dependen á veces los grandes acontecimientos! Recomendóle el religioso á la corte de la gran reina Isabel la Católica, y á esta excelsa princesa presentó sus planes: oyóle con benevolencia, aprobó sus designios y ordenó se preparase la expedicion que á buscar nada ménos que un mundo nuevo se encaminaba. No hay dinero para realizarla, y la magnánima reina vende sus joyas para llevarla á efecto.

Colon señala un nuevo mundo en ocasion en que España no tiene alquimistas que la engañen como á tantos príncipes del resto de Europa, pero tiene un Cortés, un Pizarro y un Almagro, quienes con un puñado de héroes, que apenas conocian la palabra imposible, conquistan las tierras señaladas por Colon y envian á su rey los tesoros de Motezuma y de Atahualpa, príncipes los más poderosos del vasto Continente americano.

La ciencia económica estaba entónces poco adelantada, y con el tiempo ha venido el desengaño de que la plata y el oro por sí solos no constituyen la riqueza de las naciones; y aún puede asegurarse que nunca España fué más pobre que cuando los metales preciosos abundaron en ella.

En el siglo XVII es cuando la alquimia llega á su apogeo para descender ya rápidamente y pasar de los hombres pensadores al vulgo en cuyas manos espira, y en él tambien se realiza un cambio favorable, y se vislumbran los primeros albores de la verdadera química. Algunos alquimistas, más ilustrados que la generalidad de ellos, conociendo sus errores, se proponen separar la ciencia del tortuoso camino que por tantos años la habian llevado y dirigirla con más acierto. Con efecto, aunque la trasmutacion de los metales era todavía en este tiempo el objeto principal de la alquimia, y por consiguiente el gran problema que habia que resolver, pues todo lo demás tenía un interes secundario, los alquimistas de más mérito, sin abjurar sus creencias, investigan sobre un campo más extenso, con independencia de la trasmutacion, las reacciones que se verifican cuando los cuerpos se hallan en condiciones convenientes.

¿Quién duda hoy, juzgando sin prevencion que la alquimia ha prestado grandes servicios á la química? El verdadero alquimista ¿no era laborioso, sóbrio, constante en sus propósitos, tanto que el experimento que solia principiar uno con frecuencia le continuaba otro que le habia recibido como herencia, y desprendido hasta cierto punto, pues sabido es que muchos sacrificaban su fortuna para ver de realizar su ideal? ¿No salió de los trabajos de un al-

quimista el conocimiento del fósforo? ¿No fué un alquimista tambien el que halló el medio de fabricar en Europa la porcelana de la China y del Japon? ¿No son los alquimistas los que para sus multiplicados experimentos supieron proporcionarse vasos y hornos de los que después se ha servido la verdadera ciencia? Y finalmente, ¿no son dignos de compasion los alquimistas de la Edad Media que, operando al acaso, con frecuencia eran víctimas de explosiones que no sabian evitar y de emanaciones perniciosas cuya naturaleza desconocian?

Los alquimistas, se dice en cambio, eran misteriosos, supersticiosos, achaque de aquellos tiempos, retraidos, oscuros en la manifestacion de sus ideas, las que expresaban en sus libros en lenguaje alegórico é ininteligible, que es todo lo contrario que hoy nos proponemos, que constituian una especie de secta, cuyos adeptos se reunian en los atrios y en los claustros de las catedrales al modo que se dice lo hacian los adeptos del arte sagrado en los templos de Tebas, Méfis y Heliopolis, y que iban en pos de una idea quimérica.

Así considerados los alquimistas, son dignos de censura, y la crítica severa ha hallado motivo suficiente para zaherirlos y escarnecerlos. El error y hasta lo absurdo es achaque de todos los tiempos, y siempre lo uno y lo otro han hallado partidarios; y hoy más que en aquel tiempo las doctrinas alquímicas tienen disculpa; y sobre todo, ¿no se proponia el alquimista para la trasmutacion imitar á la naturaleza? Seamos justos: los alquimistas son los primeros que han puesto en práctica el método experimental, ó que han aplicado la observacion y la induccion; y ya el árabe Geber en los siglos VIII y IX practicaba las reglas de la escuela experimental que Galileo, Bacon, Descartes, Palissy y Boile prefijaron algunos siglos después. Rogerio Bacon, sabio del siglo XIII, recomendaba tambien los mismos preceptos, y observándolos hizo importantísimos descubrimientos. Sin embargo, no podemos desconocer que los alquimistas se limitaron á un objeto determinado, y que por lo tanto el método experimental no pudo traer las felices consecuencias que alcanzó este mismo método invocado por los filósofos citados. Las investigaciones de los alquimistas, hechas en este sentido, no podian atraer á nadie al buen camino para el estudio de las ciencias, pues si bien experimentaban mucho, hacíanlo de un modo misterioso, y por esta circunstancia principalmente, no se les puede considerar en general como los fundadores de un método ordenado y filosófico. Ya que no se les puede conceder el honor de haber creado el método experimental, que no obstante practicaban en estrechos limites y con un objeto determinado, tampoco se les puede negar que aún así sus trabajos no fueron infructuosos.

Su ideal, el hallazgo de la piedra filosofal, les condujo á hacer un estudio prolijo de las reacciones que se verifican entre los cuerpos, tanto simples como compuestos; y como este ideal era irrealizable y tanta su perseverancia, no en años, sino en siglos, llegaron á reunir una porcion de hechos y á conocer no pocos productos que tanto habian de servir para constituir la ciencia en el siglo pasado. El conocimiento de los ácidos minerales más importantes y el de varios compuestos de mercurio, plata, cobre, hierro, arsénico y azufre, son debidos en gran parte á los alquimistas árabes Geber y Rhasis. A Alberto el Magno se atribuye el invento de la copelacion de los metales preciosos: él nos describe con bastante exactitud algunos compuestos de plomo, y él es quien hace uso por primera vez de la palabra *afinidad*, de tanta significacion en el lenguaje químico. A Marco Greco y á Rogério Bacon se concede el descubrimiento de la pólvora. Raimundo Lulio, versado en muchos de los conocimientos humanos, da en su *Ars magna* un sistema filosófico completo para aquellos tiempos, en el que consigna una porcion de hechos referentes á la alquimia y á la preparacion de varios productos que hoy tienen uso en medicina. Isaac el Holandés señala en sus obras muchos procedimientos químicos que merecieron los elogios del sabio Boile y de Kunckel. Basilio Valentino dió á conocer en su libro *Currus triumphalis antimonii* el modo de obtener el antimonio y muchos productos de que este metal hace parte, así como una porcion de hechos, nuevos unos, y ya conocidos otros. Los alquimistas sabian purificar el alcohol y los álcalis, fijar con perfeccion varios colores, entre ellos el de escarlatina, y no falta quien pretende, lo que se puede negar en absoluto, que conocieron el oxígeno.

Todo esto y mucho más que pudiéramos añadir, ¿no hace dignos á los alquimistas de nuestra consideracion y respeto? Verdad es que todos estos hechos no constituian un cuerpo de doctrina, y lo es tambien que por el camino que ellos seguian jamás se hubiera podido llegar á la constitucion de la ciencia química; pero no se les niegue que acopiaron materiales para que en el trascurso de los años se fundase esta ciencia sublime, que en cierto modo existia, de la que se hacen tantas y tantas aplicaciones. No seamos, pues, severos con los que profesaron el arte hermética: la herencia que dejaron aceptada fué: locos, temerarios ó tenaces experimentadores, como quiera que se les considere, ellos son nuestros abuelos, dice con mucha razon Luis Figuier. Que la alquimia no halló lo que buscaba, nos es evidente; pero encontró lo que no pretendia hallar. No dió con la piedra filosofal, á cuyo fin encaminaba todos sus esfuerzos; pero casi puede decirse encontró la química, ciencia que transforma en raudales

copiosos de riqueza materias hasta inmundas, que en otros tiempos no tenían valor; que alivia el peso de nuestros males; que perfecciona la condicion material de nuestra existencia y ensancha los límites de nuestra actividad. La alquimia, repetimos, no halló la piedra filosofal de los antiguos adeptos; pero en cambio encontró la piedra filosofal de las naciones cultas, y contribuyó no poco á poner de manifiesto una gran verdad, que es el único dogma de la química.

La alquimia fué una especie de contagio que penetró hasta en el palacio de los príncipes, en los cuales solia haber un alquimista bien dotado, á cuya disposicion se ponía un laboratorio provisto de cuanto exigia para sus investigaciones; pero estos alquimistas solian ser todavía de los que tenían fe en sus doctrinas; en cambio, había otros que vagaban por diversas naciones, sobre todo por Alemania é Italia, que eran unos aventureros de mala ley, y mejor dicho, embaucadores y estafadores. Estos alquimistas son los que merecen las críticas y las censuras que recayeron sobre los verdaderos. Los alquimistas aventureros conocian bastante bien varias operaciones de la química y ciertos preparados de oro y de plata, que introducian en sus crisoles para aparentar la trasmutacion de los metales comunes en metales preciosos. Cuando estos embaucadores eran conocidos en un país y calificados en él de criminales, ibanse á otro á ofrecer el gran secreto de hacer oro á los codiciosos que con frecuencia caian en sus lazos. Llama la atencion que las víctimas de tales engaños no comprendiesen que los que les vendian el gran secreto para hacerse poderosos eran unos miserables que en el caso de peseerle le habrian utilizado para sí. Estos charlatanes de la peor ley hacian tambien una especie de espectáculo de sus operaciones alquímicas, que llamahan proyecciones, las que ejecutaban en las plazas públicas, y con harta frecuencia se les daba entrada en los palacios de los príncipes, y áun se les acogia con sumo interes, en los cuales algunos recogieron buen botin. El pseudo alquimista Daniel estafó 20.000 ducados á Cosme I, duque de Toscana, por el falso secreto de hacer oro; mas no siempre se estafaba sin riesgo de esta manera: en la corte del Elector duque de Wurtemberg se presentó el titulado alquimista Honauer, que pretendió engañar al príncipe; pero éste, más cauto que el duque Cosme, descubrió la supercheria y le hizo ahorcar; fin que tuvieron varios de estos malvados.

#### IV.

La alquimia no termina en el siglo XVI: síguese creyendo en la trasmutacion de los metales y se trabaja en este sentido; pero la química propiamente dicha toma un carácter que no habia tenido en el lar-

guísimo período de la Edad Media. El hombre filósofo invoca la experiencia, mas no para practicarla como los alquimistas, sino dirigida por la razón.

Todo siglo, por desventurado que haya sido, no ha dejado de preparar, no algo, sino mucho, para el venidero. En verdad que el siglo XV fué poco fecundo en descubrimientos; pero en él tuvo lugar uno que por sí solo ha bastado para darle celebridad en la historia, que es el de la imprenta, el más feliz y de más trascendencia para difundir los conocimientos. Fué tanto lo que progresó este arte, que libros muy raros, y por consiguiente costosos, ya los pudieron adquirir fácilmente los hombres de estudio antes de que este siglo terminase, próximamente unos cincuenta años después del descubrimiento del arte más civilizador; complemento si se quiere de la invención del papel, que aunque algo antigua, no se generalizó hasta el siglo XVI. Cualquiera de los dos inventos aislados no podía conducir á los resultados sorprendentes obtenidos por ambos.

La sobreexcitación en que se hallaba la Europa, sobre todo la parte central, por diferentes causas, pero dependientes unas de otras, no dejó de ejercer cierto influjo en los adelantos de la química. Invocóse el libre exámen con un fin determinado, en cuyo concepto apreciado está ya sobradamente; pero este principio no fué dañoso para las ciencias de demostración y experimentales en las que la autoridad son los hechos, pero no así como quiera, los hechos bien comprobados; en una palabra, lo evidente.

Es considerabilísimo el impulso que se dió en este siglo á la química en varias naciones de Europa; pero en él, aunque de oro para España, lo que más brilló en ella fué la teología, la ciencia del derecho, la literatura, que llegó casi á su apogeo, y algunas otras; pero respecto á ciencias experimentales, preciso es decirlo, excedían á nuestra patria otras naciones ménos adelantadas entónces en el primer concepto.

El movimiento que recibe la química en este siglo se la dan principalmente Paracelso, Jorge Agrícola y Bernardo Palissy. El primero puede ser considerado como el representante de la química aplicada á las ciencias médicas, el segundo á la metalurgia y el tercero á la industria.

Paracelso, hombre de carácter violento, pero que poseía algunas de las dotes que debe tener un reformador, se propuso, y en parte lo consiguió, que los médicos de su tiempo prestasen más atención á la química y adquiriesen más conocimientos de ella, única ciencia que, según él, era la que podía sacarles de su ignorancia: así se opina también hoy con bastante más razón que la que podía asistir en aquel tiempo á Paracelso. Este hombre célebre, lo fué más por su audacia que por su ciencia, según se

echa de ver por sus escritos; pero como á la escuela que él fundó pertenecieron médicos de mérito reconocido, preciso es también concedérsele á él, ó cuando ménos cierto prestigio que no se suele adquirir sin causa aparente.

Las ideas de Paracelso respecto al aire eran con poca diferencia las de los filósofos griegos de la antigüedad; tuvo alguna noción del hidrógeno, gas que desprendió poniendo en contacto limaduras de hierro con ácido sulfúrico. En cuanto á los metales, considerábalos de la misma manera que los alquimistas; es decir, como cuerpos compuestos de mercurio, azufre y tierra. ¿Es posible que cuantos esto han afirmado quedasen satisfechos, no habiendo nadie demostrado en ellos tales sustancias? Conoció Paracelso algunos óxidos metálicos, entré ellos uno de los de mercurio, que tal vez fué el primer compuesto de este metal de que se hizo uso como medicamento interno. Es Paracelso el primero que haya hecho mención del metal zinc, y el arsénico no parece le era desconocido, al ménos en combinación con el azufre. Creía en la trasmutación de los metales, y sus ideas cosmológicas y las que tenía de la vida y de la composición material del hombre no carecen de originalidad. No se puede negar que Paracelso contribuyó más que ningún otro de su época á la propagación de los medicamentos químicos, y también que por su influencia, tanto la medicina como la farmacia experimentaron un cambio importante.

Jorge Agrícola es el metalurgista más notable de este siglo, y sus obras, principalmente la titulada *De re metalica*, fué de mucha utilidad, y aún hoy se la consulta. En esta obra clásica para aquellos tiempos, señaló los conocimientos que debe tener el metalurgista, y se fijó para esto de un modo especial en la química, en la física y en la geología; discurre en ella con grande acierto acerca del beneficio de los minerales, y trata de un modo admirable de los ensayos docimásticos, parte muy esencial de la metalurgia, de que entónces se sabía muy poco, pues el análisis química en que se fundan, parte la más esencial de esta ciencia, era casi desconocida.

A los adelantos de la química metalúrgica en esta época contribuyeron también Perez de Vargas, apellidado el Agrícola español, que describió con bastante exactitud la manganesa, un procedimiento para templar el acero, el grabado en cobre por medio del ácido nítrico y una porción de operaciones metalúrgicas. Beringucio, que condena las doctrinas alquímicas, si bien admite como los alquimistas que los metales son cuerpos compuestos, trata con acierto del procedimiento analítico llamado incuación, y del modo de preparar varias aleaciones metálicas; y Cesalpino, que trató de la metalurgia del mercurio y además describió algunos preparados

de antimonio y de mercurio, dió alguna idea de la composición del albayalde y trató además de varias materias que no carecen de interés. Los metalurgistas españoles inventaron por este tiempo, tanto en la América del Norte como en la del Sur, varios procedimientos para el beneficio de la plata y del oro. Bartolomé Medina dió á conocer á mediados de este siglo el método de amalgamación para beneficiar los minerales de plata; método que, bien examinado hoy, atendida la escasez de conocimientos químicos de aquellos tiempos, admira cómo siquiera pudo concebirse: este mismo método fué modificado después, pero solo para casos especiales, por el presbítero Alonso Barba, cura párroco en el Cuzco. Como el método de Medina exigía para beneficiar el oro y la plata cantidades de mercurio, y la mina de Almaden no suministraba lo suficiente por el procedimiento que entonces se seguía para obtener este metal, Juan Alonso Bustamante ideó el que hoy todavía se sigue, tanto en Almaden como en Carniola, con el cual se le obtuvo en abundancia. En estas regiones descubrieron después los metalurgistas españoles el metal platino, que para utilizarle fué preciso que la ciencia química, á la que tanta utilidad había de prestar, hiciese algunos adelantos; pues es evidente que sin los vasos de platino muchos descubrimientos estarían por hacer.

Bernardo Palissy es el que más descuella en este período en lo referente á la química industrial. Este hombre, de origen oscuro y sin ningún conocimiento de las lenguas muertas, falta grave en aquel tiempo y aún hoy, pero dotado de un clarísimo entendimiento, proclamó el método experimental, único medio, según él y según todos los que piensan con acierto, para combatir las teorías descabelladas que á menudo brotan de los que se dejan llevar de su fogosa imaginación; y en esta parte precedió al canciller Francisco Bacon y al ilustre Galileo.

El arte cerámico es lo que más llamó la atención de Palissy, que elevó á mucha altura con los multiplicados experimentos que practicó para fijar los esmaltes en los objetos que él denominó piezas rústicas por las figuras con que los decoraba, objetos que hoy se buscan para enriquecer los museos, y que al presente se les imita por haber vuelto hasta ser de moda. No era Palissy sólo el ilustre alfarero que para los adelantos del arte cerámico quemaba el techado de su modesta y aún pobre casa por carecer de recursos para comprar combustible con que atizar sus hornos: poseía conocimientos muy variados, tales como la física, la química, la cristalografía, la agricultura, y hasta la medicina no le era extraña. Respecto á la alquimia, hace ver con buenas razones que la piedra filosofal y la transmutación de los metales es una pura quimera: el

oro de los alquimistas, á quienes ridiculiza, dice, sólo tiene de tal la apariencia; mas esto habíalo dicho ya hacía unos dos siglos Alberto el Magno: el oro de los alquimistas, decía este sabio de su época, no resiste á la prueba del fuego.

En este mismo siglo brillan en Italia algunos grandes pensadores que no dejaron de contribuir al adelanto de la ciencia, ya con los hechos que dieron á conocer, ya propagando el procedimiento experimental. Merecen especial mención Leonardo Vinci, que además de ser un pintor distinguido, conocía las ciencias físicas, y dió una explicación tan clara del fenómeno del fuego, fenómeno que en todos los tiempos tanto ha llamado y llama hoy la atención de los sabios, que parece le faltó dar un solo paso para hallar el oxígeno. Jerónimo Cardan, escritor insigne que en su libro *De varietate rerum*, después de dividir los cuerpos en combustibles y no combustibles, dice que el fuego no es un elemento, que la combustión la alimenta un fluido que vuelve á inflamar un cuerpo que sólo tenga un punto en ignición; hecho importantísimo al que no acompañan las demostraciones necesarias para conceder á este sabio el conocimiento del oxígeno, cuyo efecto éste y otro gas sólo pueden producirle. Manifiesta Cardan haber hecho estudios de alguna importancia de las sustancias tóxicas, cuyos resultados no publicó, por evitar el daño que pudiera causar cosa de tanta trascendencia: preciso es decir, sin embargo, que á la sazón sabían más acerca de este particular los criminales que los hombres de ciencia, y harto poco hubiera arriesgado dándolos á conocer: no fué en esta parte tan escrupuloso su compatriota J. B. Porta, que hizo los mismos estudios y no tuvo reparo en publicar sus observaciones. Cardan, que era enciclopédico, hizo trabajos de alguna importancia en lo referente á la química industrial, sobre todo en la coloración del vidrio por los óxidos metálicos, arte que en su tiempo estaba bastante adelantada, y tanto, que hoy apenas se hacen en él trabajos más delicados.

Estos tres filósofos de mucho mérito, y algunos más que pudiéramos citar, eran enciclopédicos, y puede decirse que sólo se ocuparon de un modo incidental de las cosas referentes á la química; pues de otro modo tan sublimes talentos la hubieran dado más impulso. Son á la época en que vivieron lo que los filósofos griegos á la antigüedad.

RAFAEL SAEZ PALACIOS,

Decano de la facultad de Farmacia,  
de la Universidad de Madrid.

(Continuará.)

## LA TIERRA PROMETIDA.

RECUERDOS DE UN PROVINCIANO,

## I.

EN LA JAULA.

Habia cumplido veinte años, y Pablo Montenegro vivía aburriéndose lindamente de la tranquila vida á que se veía sujeto en una reducida capital de provincia.

Esto, que no extrañará seguramente al que conozca un poco el mundo y la organización de la mayor parte de la juventud de nuestra época, es probable que no pudiera explicárselo el honrado vecino de una ciudad que viera en ella prosperar sus negocios, y gozara una existencia sosegada.

Ese hombre, especie de molusco adherido allí como la ostra al peñasco, ¿cómo no había de escandalizarse de que Pablo viviera soñando con el triste porvenir que le hacían entrever la agitación de su corazón y la ociosidad de su vida? ¿cómo no había de creer que la dicha existía dentro de las tapias del pueblo? ¿No la tocaba él?

Razonamiento elocuente que hubieran prohijado las tres cuartas partes de sus convecinos.

Además, un poeta, con el que por esta vez se hallaban con extrañeza de acuerdo, había dicho ya:

Feliz el que nunca ha visto  
más río que el de su patria  
y duerme anciano á la sombra  
do pequeñuelo jugaba.

¿No es esto elocuentísimo? Poco importaba que el pueblo fuera como aquel de que Cervantes no quería acordarse. Ellos, por patriotismo al menos, estaban en el deber de entonarle su himno.

¿Qué se diría si no hacían por levantar el espíritu de localidad?

Los descreídos podrán creer que la patria es una preocupación, y que la casualidad que nos creó una, hubiera podido darnos otra distinta; mas, ¿quién toma en serio las blasfemias de los descreídos?

Además, para abogar por la población de que se trata, no había necesidad de hacer mucha gimnasia de espíritu. Su nombre, ni más ni menos que el de otros pueblos de la Vieja Castilla, se ostenta altivo en las páginas guerreras de la Edad Media, y sabido es hasta dónde puede hacerse agradable la vida en cualquiera de estas históricas ciudades.

Dejando esto apuntado para dar siquiera una idea de su valía, volvamos á Pablo, que creía sinceramente que su pueblo era el más detestable del mundo, no por otra cosa sino porque el destino le encadenaba en él á pesar suyo.

Habia nacido para volar, según él mismo se decía, y las circunstancias tenían plegadas sus alas en aquel nido.

Pablo anhelaba vastos horizontes; su deseo era respirar libremente fuera de aquella atmósfera, y recibir otras impresiones distintas de las que un día y otro eran para él un tormento.

Los placeres de la vida de provincia, de que estaba saturado, no le lisonjaban ni interesaban lo más mínimo. Su espíritu volaba á otras regiones misteriosas, donde se figuraba tener un asiento para gozar los variados placeres que representaba aquel mundo.

Por lo demás, ningún proyecto formal, ninguna idea determinada figuraba en su programa.

Ver el mundo, conocer sus goces y brillar en él; este era su eterno grito de guerra y la pesadilla de su espíritu.

Las continuas lecturas á que venía entregándose, le habían extragado el gusto para saborear los encantos y la tranquila dicha del hogar.

Su ideal era el reflejo de las páginas con que su vagabunda imaginación le recreaba. Nuevo Don Quijote, se veía sobresaltado por las quimeras de un mundo tan seductor como el que le brindaban los novelistas más en boga.

A falta de cálculo, vivía con esa ilusión con la que todos vivimos hasta que el mundo, visto de cerca, nos hace conocer el peligro de nuestra inocente creencia.

El materialismo que sobrenada en la literatura moderna había contagiado á nuestro joven. Cautivo de sus ideas, naturalmente, la mujer, tal como se la hacían concebir, era una de las mentiras que acariciaba. Detrás de ella, seguían en lucida procesion los triunfos de la vanidad y todas las efímeras satisfacciones de la juventud.

Soñando con la dicha, se despertaban en él todas las inclinaciones naturales que la necesidad le obligaba á comprimir.

Delirando con los triunfos que mundo semejante al que entreveía, guarda para sus súbditos, aspiraba á la gloria insensata con que la vanidad alimenta á las naturalezas imperfectas.

El demonio de la ambición, pero de esa ambición mundana que todo lo bastardea, revoloteaba sobre su cabeza haciéndole la más inocente víctima.

En una palabra, Pablo soñaba todas las locuras que á los veinte años pueden exaltar una imaginación continuamente excitada.

Enamorado de sus ensueños, veía con doloroso sufrimiento que su vida era la más cruel antítesis de sus aspiraciones.

En la pequeña ciudad donde vegetaba, nada podía hacer para satisfacerlas: su vértigo se estrechaba al tomar cuerpo en aquellos límites tan estrechos.

Pablo era hijo único, y sus ya ancianos padres, que le adoraban, pugnaban por retardar lo posible aquel momento en que la continuación de sus estudios requería su alejamiento del hogar paterno.

Peró llegó un día en el que, haciéndose la situación insostenible por el mal encubierto despecho de Pablo, su padre no pudo ménos de dirigirse á él, como era de esperar.

En tan decisivo momento, nuestro jóven, aunque temblando, se dispuso á afrontar las consecuencias de lo que con su conducta habia provocado.

La escena que tuvo lugar entre el padre y el hijo fué breve, aunque decisiva.

El anciano Montenegro vino á decir á Pablo, sobre poco más ó ménos:

—«Hacé tiempo he notado que mi voluntad pesa sobre tus ideas más de lo que yo quisiera. No voy á acriminarte por ello ni á hacer un llamamiento á tus sentimientos filiales. Tratándose de hombres, el corazón debe contenerse en los límites de lo justo, y no dejarse llevar de esos impulsos que, por más que sean naturales, nos obligan á veces á retroceder en un camino por el que la razón nos conduce. Vamos á separarnos, puesto que se hace preciso; y al hacerlo, por más que nuestros mútuos sentimientos se revelen, los dos habremos cumplido con un deber de conciencia. La tuya no estará satisfecha hasta llegar al logro del deseo que te aqueja; por mi parte, tengo la obligación de no combatirla ciegamente. He querido preservar tu juventud de los peligros que el mundo tiene para esa edad: á mi lado has adquirido el suficiente conocimiento para guiar tu voluntad por el camino de lo verdadero. La instrucción que te falta debes adquirirla; pero no olvides que ésta es hoy convencional en la sociedad. Para unos, no es otra cosa que saber lo que les puede favorecer para pasar por honrados, aunque no lo sean. Para otros, consiste en ejercicios más nobles y molestos: elige sin vacilar los últimos si quieres que te premie tu conciencia. No te fuerzo á seguir una carrera que pueda mantenerte independiente, persuadido de que hoy, con títulos académicos mal ganados, no obtendrias más que con los conocimientos que tu fuerza de voluntad y tu celo pueden alcanzar en el mundo. Cuando puedas emplear éstos en provecho propio, tienes aquí un capital de que disponer. Hasta entónces, yo cuidaré de que no te falte lo preciso, si con tu conducta no me obligas á retirarte mi confianza. En ese mundo en el que vas á entrar hay abismos de los que un jóven puede salir convertido en un infame ó en un hombre honrado. Raciocina, puesto que ya eres un hombre: en esta cartera que te entrego hallarás lo suficiente para vivir con desahogo un par de años, que deseo recorrer entregado á tus propias inspiraciones. Abrázame, hijo mio, y disponte á partir cuando lo juz-

gues necesario. Ya tienes mi aprobación, y puedes realizar todos tus propósitos.

.....  
.....  
Algunos días despues de esta escena, Pablo marchaba con dirección á Madrid, en la diligencia que diariamente partía para aquel punto.

Su salida del pueblo fué señalada solo por un incidente que debemos apuntar, como un cargo para la conciencia de nuestro héroe.

En S<sup>\*\*\*</sup>, como en todos los pueblos de alguna importancia que no habian tenido la dicha de ver cruzado su territorio por una línea férrea, la entrada y la salida de la diligencia en la población, era un suceso que no por ser diario dejaba de anotarse entre las distracciones que podían procurarse sus habitantes.

Todos los días, tan luego como se oía el látigo del postillon y se sentía en el empedrado el crujido de aquel matalotaje de hierro y madera que *Figaro* comparaba á «una casa flotante que va á llevar á otra parte á sus vecinos,» se notaba en el vecindario de las calles por donde cruzaba con la majestuosa calma marcada en las ordenanzas municipales, un movimiento de atenta observación que gráficamente ponía de relieve toda la mezquina curiosidad que caracteriza á las gentes de provincia, y de cuyo imperio es difícil sustraerse á las naturalezas ordinarias.

El día de la salida de Pablo, hizo sin duda la casualidad que entre los curiosos que se asomaban á los balcones, se encontrara una jóven de apariencia modesta, que tal vez por uno de esos fenómenos fisiológicos propios de nuestra doble naturaleza, fijaba sus miradas con insistencia en aquel carruaje que otras veces veía cruzar con indiferencia.

Nuestro jóven venía asomado á la portezuela de la berlina, y la niña al verle exhaló un grito lastimero, de esos escapados del alma, que dejan revelar toda una historia y un martirio.

Peró la diligencia cruzó sin detenerse, y Pablo un tanto inmutado al apercibirse de lo ocurrido, exclamó, al par que se recostaba muellemente en su asiento:

—¡Pobre Clara!...

La fusta del mayoral y el cascabeleo del tiro de mulas impidieron oír los razonamientos que despues de esta frase se haría, á no dudar, el jóven viajero cuya vida íntima va á pertenecernos.

## II.

### LA ENTRADA EN EL MUNDO.

Tenemos á Montenegro en Madrid, dispuesto á satisfacer sus deseos.

Los primeros pasos en la corte de España, como

en todas las ciudades populosas, son de vacilacion y de desaliento. La grandeza de los objetos que se ofrecen á la vista, más engrandecidos aún por la ilusion óptica que se opera en los asombrados ojos del recién llegado, parece como que aminoran su valer personal y le dan á entender que no es más que un insignificante accidente que llega á caer entre los vistosos objetos que animan tan prodigioso kaleoróscopo.

Esta especie de contratiempo que sufre á la vista de un gran pueblo todo el que llega á él con aspiraciones, fué breve para nuestro héroe.

El seductor aspecto del Madrid exterior, si bien le sedujo en los primeros dias, no fué bastante á poner la vacilacion en su ánimo.

Guiado por un buen instinto, y aleccionado con el hábito de comparar y discurrir, aunque falto de experiencia, quiso iniciarse sin salir de la orilla, antes de lanzarse en la corriente de aquel mar tan fecundo en naufragios, en ciertas pequeñeces á las que suele darse poca importancia, y cuyo conocimiento es sin embargo de gran necesidad para los que aspiran á formar parte de la brillante sociedad de la corte.

Su primer cuidado fué, tan luego como se halló instalado en la *Fonda Peninsular*, ponerse en manos de uno de esos sastres famosos cuyo nombre llega hasta los apartados rincones de una provincia, merced á los periódicos que los preconizan con un entusiasmo digno de ser analizado.

A las lujosas prendas del artista de más *chic* en sastrería, precedieron con sus satinadas facturas las cajas de carton de Mr. Lafin, portadoras de finísimas camisolas, de corbatas de novedad, guantes y perfumería; el sombrerero Aimable y otros industriales, que vieron trocados sus productos por sonoras onzas de Carlos III cuya legitimidad no daba lugar á dudas.

Alguno de estos honrados artistas evocaba tiempos despues este suceso, que habia sido base para afianzar el crédito del provinciano, convertido por entónces en uno de sus deudores más contumaces.

Mas no hemos llegado todavía á esa agitada época de su vida.

Comenzando por los espectáculos donde acudia lo más selecto de la sociedad madrileña, el recién llegado fué poco á poco, ayudado por una atenta observacion, comprendiendo el mecanismo, digámoslo así, de todo lo que veia. La especie de envaramiento que en los primeros dias del estreno de sus trajes se notaba en su figura, iba desapareciendo con el estudio que hacia de los modales de los elegantes dandys que encontraba en todas partes.

Su asistencia á los teatros le habia proporcionado ya algun conocimiento, siquiera fuese ligero, con algunas personas no ménos asíduas que él, con las

que habia tenido ocasion de cambiar todos esos pequeños favores que á nada obligan, y que á veces suelen ser prelude de amistades íntimas, cuando entra por algo la curiosidad ó la simpatía.

La cesion momentánea de unos gemelos, el cambio de unas palabras, y hasta el saludo obligado del dia siguiente, van acercando insensiblemente á dos personas sin comprometerlas á nada, hasta que llega un dia en que por cualquier lance imprevisto se ve precisada una de ellas á recurrir á la amabilidad de la otra. Sucede entónces que si el servicio que se exige es de poca consideracion y la condescendencia del demandado llega á rebasar los límites de lo que se exige, la correspondencia no se hace esperar, y el conocimiento de amistad queda de hecho entablado, á pesar de las declamaciones de los filósofos.

Esto vino á ser lo que aconteció una noche á Pablo.

La butaca próxima á la suya, en uno de los teatros que con más empeño frecuentaba, solía ocuparla constantemente un jóven de poca más edad que la suya, con el que ya habia cambiado todos esos pequeños cumplimientos de que dejamos hecho mérito. Aquél jóven, de franca fisonomía y de una desenvoltura que atestiguaba lo familiarizado que se hallaba con el espectáculo y los constantes habitantes de palcos y butacas, fué desde luego para nuestro provinciano objeto de atencion, y aún de veneracion disimulada. Por las palabras sueltas que hubo de escucharle alguna vez, así como por las alusiones que alguno al paso le dirigia, comprendió Pablo que su desenvuelto vecino debia escribir en algun periódico.

El desconocido, con efecto, formaba parte del personal de redaccion de un diario político, y era por tanto uno de esos brillantes jóvenes, esperanza de la patria, que desde el Olimpo de la prensa lanzan sobre la opinion pública el fuego de sus tremendas baterías. Su imperio lo ejercia en la gacetilla, asiento de entrada en esos laboratorios intelectuales en cuyas aras se puede desempeñar un noble sacerdocio, ó una profesion que comercie hasta con las ideas. La crítica de teatros, desdeñada casi siempre en nuestros periódicos por los redactores de *punta*, como se les llama á los que consagran toda su inteligencia á la política, era en toda su fuerza de la competencia absoluta de aquel mancebo que á los veinticuatro años, cuando aún no tenía por su edad derechos de ciudadano, podia por su posicion especial descargar los más recios golpes, sin responsabilidad criminal, sobre la cabeza de un autor dramático y los encargados de dar vida material á sus creaciones.

La noche en que se trabó un formal conocimiento, como vamos á ver, entre ambos jóvenes, tenía

lugar el estreno de una obra dramática, acerca de la cual se habían hecho por los actores los augurios más desfavorables.

Al terminarse el último acto de la comedia, las aclamaciones de un público numeroso que con insistencia pedía el nombre del autor, hicieron prorumpir á nuestro flamante gacetillero en algunas frases enérgicas, que eran, á la par que un elogio indirecto, la condenación más terminante de los temerarios juicios que se habían hecho por los artistas.

—¡Claro! como siempre,—decía volviéndose hácia Pablo.—Basta que á esos badulaques de actores no agrade una obra, para que sea buena. Sepa usted,—añadió frotando con el pañuelo el forro blanco de su sombrero,—que esa comedia ha estado tres años sin representarse, hasta que el empresario, á ruego mío y de otros amigos, ha obligado casi por fuerza á los actores á que se haga.

Pablo, repuesto de la impresión que le causara aquel inesperado aluvión de palabras, se disponía á contestarle con alguna frase de completo asentimiento, á tiempo que se alzaba la cortina, y un actor que se ha hecho célebre más por el modo peculiar que tiene de cortar el verso que por lo extraordinario de su talento, se adelantaba hácia el público, dirigiéndole con el acento de *piz-picato* que le es peculiar, las tradicionales palabras:

«La comedia que hemos tenido el honor de representar, es original de D...» (pronunciando aquí un nombre completamente desconocido en la república literaria, y que, aun cuando sonó con este motivo algún tiempo con encomio en todos los labios, ha vuelto otra vez á oscurecerse.)

Los bravos del público, y algunas voces que partieron de la galería demandando que el autor se presentase, obligaron á éste á exhibirse en el palco escénico, apoyado en el actor que había anunciado su nombre, y conducido de la mano por la actriz que desempeñaba el principal papel de la obra.

Pablo, á la vista de aquel conmovedor espectáculo que nunca había presenciado, sintió ante todo una secreta envidia hácia el afortunado mortal que así se atraía las miradas y los aplausos de tan escogida multitud. Al verlo aparecer en aquel tablado maravilloso, saludado con una salva atronadora de aplausos que remedaba el rugido de una catarata, hubiera dado la mitad de su vida por encontrarse en situación análoga.

El más puro entusiasmo aleteaba sobre la cabeza de los espectadores saturándolos con su aroma, y los gemelos de las hermosas que impregnaban la sala de luz y poesía se asestaban con fruición en la fisonomía de aquel dichoso hijo de las Musas, cuya mirada revelaba todo lo supremo de su goce.

No se ocultaba á Montenegro que en todo aquello había algo más grande y consolador que en la

fria atmósfera donde el mundo alimenta de ordinario las concepciones de sus cálculos.

De sus pensamientos llegó á sacarle la voz de su vecino, que gritaba de modo que le oyeran:

—Así, así debe entrarse en el teatro; por la puerta grande.

—¿Es la primera obra que ha escrito?—dijo Pablo.

—La primera que ha escrito, no; pero al ménos es la primera que le representan.

—En lo cual le cabe á usted alguna gloria,—replicó nuestro provinciano por atraerse á su amable interlocutor.

—Le diré á usted,—contestó éste bajando un tanto la voz:—yo, que soy de los creen que en literatura, como en todo, se necesita gente nueva (y supongo que usted será de mi opinión,) tenía deseo de que se hiciera la obra de este muchacho y que obtuviera el éxito que usted ha visto, para que se convencieran los actores y empresarios de que deben proteger al que empieza y preferir sus creaciones, que llevan todo el fuego de la primera inspiración, á las de los autores conocidos que ya han exprimido toda la savia de su talento. Y no crea usted,—continuó con un aplomo encantador,—que digo esto porque yo me halle en un caso parecido: dos comedias mías tienen en este teatro, y á pesar del tiro que podría hacer á la empresa, no he preguntado siquiera á esos señores cuándo piensan repartirlas; y si usted ve mis Revistas, encontrará que los trato con una blandura que no merecen. ¡Oh! pero si ahora no me atienden, en vista de lo que acaba de pasar, yo les prometo que han de sentirlo. En fin,—terminó acentuando con un gesto de desden su perorata,—voy á dar mi enhorabuena al autor.

—Una palabra,—exclamó vivamente Montenegro al fijarse en las últimas del autor inédito, que se disponía á dejar su asiento.

—Usted dirá,—contestó éste con una sonrisa. Nuestro provinciano, que se había propuesto entablar relaciones que juzgara de alguna utilidad, replicó sin vacilar:

—Usted es amigo del poeta que acabamos de aplaudir, y yo tendré una vivísima satisfacción en estrechar su mano. ¿Sería usted tan amable que me presentase á él?

Pablo, que había pronunciado estas palabras con entonación musical, quedó suspenso esperando una contestación categórica.

El interpelado, midiéndole al descuido desde los pies á la cabeza con una mirada de la que al parecer hubo de quedar satisfecho, se concretó á contestarle:

—No tengo ningún inconveniente.

—Pues en ese caso, estoy á sus órdenes.

Y Pablo se dispuso á seguir á su complaciente mentor.

Un *Londres*, hábilmente ofrecido tan luego como se internaron en los corredores del teatro que conducían al escenario, dió nueva ocasion á Pablo para reanudar aquella conversacion que le habia valido, por el pronto, una coyuntura que no pensaba desaprovechar.

—Sentiria abusar de su amabilidad,—le decia insidiosamente á tiempo que el periodista se detenía delante de una mampara situada en el fondo de una de las galerías.

—¡Oh! nada de eso,—replicaba éste empujando la puerta y cediéndole el paso.—Entremos al saloncillo, y aquí podrá usted satisfacer su deseo; el autor es amigo mio, y tendrá una satisfaccion en que yo le presente á uno de sus admiradores.

Pablo, satisfecho con esta promesa, entró precedido de su complaciente guía en un saloncito lleno completamente de personas que charlaban acaloradamente, y que no se fijaron en él, como habia presentado. Esto le repuso de la emocion que creyó no iba á poder ahorrarse, y más tranquilo, pudo pasear su vista por aquella estancia. Estaba ésta iluminada por una pequeña lámpara que pendía del techo, y sin más adornos que un grande espejo con marco negro en uno de los lienzos de las paredes, forradas de papel carmesí salpicado de oro.

En tanto Montenegro se fijaba en estos detalles, su acompañante, haciéndose paso entre las personas que formaban el círculo, llegó hasta un velador colocado en el centro, en el que se apoyaba aquel mismo jóven al que el público acababa de rendir ovacion tan lisonjera.

Pablo vió la mano que le tendía su introductor, y la seña que le hacía á él mismo para que se acercara. Un tanto conmovido se acercó á ellos, oyendo que el primero decia al héroe de la fiesta:

—Te presento á este caballero que deseaba felicitarte.

El poeta, inclinándose graciosamente, alargó su mano á Pablo, que estrechándola con efusion, no tuvo aliento más que para balbucear un convencional cumplido.

Nuevos apasionados que llegaron á complimentarle, interrumpieron esta escena.

Pablo, entónces, dirigiéndose á aquel jóven que de una manera tan deferente le habia complacido, le dijo con acento que demostraba deseo de entablar amistad.

—Caballero, doy á usted las gracias por la atencion que le he merecido, doblemente de apreciar cuando yo no tenía la honra de ser su amigo.

—El honrado sería yo, amigo mio,—replicó el otro.

—Pablo Montenegro, en las Peninsulares, queda muy suyo, y deseando tener ocasion de corresponderle.

El periodista, echando mano á su cartera, sacó una tarjeta que puso en manos de Pablo, añadiéndole estas palabras:

—Enríque Ramirez, en la redaccion de... ó donde dicen esas señas, queda á la disposicion de usted.

Los dos, como se ve, apuraban hasta lo increíble toda la gravedad que pueden permitirse unos jóvenes que no han llegado á ser mayores de edad.

Planteado su conocimiento de una manera tan solemne, el amable Ramirez (puesto que ya podemos llamarlo por su nombre) escoltó á su nuevo amigo hasta la puerta, despidiéndole allí con una sonrisa y un apretón de manos.

Todo el resto de aquella noche lo pasó Pablo dando vueltas en su imaginacion á las nuevas ideas que le asaltaban.

—El mundo de las letras,—se decia, queriendo convencerse á sí mismo,—me brinda cuanto mi impaciente ambicion pretenle. El escritor de costumbres, el autor dramático, el periodista y el critico, ¿no son un poder que todos reconocen en la sociedad? ¿no pisan sobre una alfombra tapizada de laureles? ¿no se elevan como semi-dioses por encima de la multitud? Yo mismo acabo de presenciario; el espectáculo de esta noche viene á demostrarme lo fundado de mis cálculos y lo acertado de mis suposiciones. ¿Pues, y los triunfos del periodismo? ¿y la omnipotencia de la tribuna, término de estas agitados luchas? ¿No basta esto á satisfacer la más ambiciosa inteligencia? ¿no arrastra en pos de sí tan brillante destino los honores, la consideracion y la riqueza? ¡Oh! decididamente me conviene explorar ese mundo encantado.

Pablo no podia saber todo lo quimérico que eran sus proyectos, ni las increíbles dificultades que tenían que salirle al encuentro. En primer lugar, ignoraba que en nuestro país no es bastante ser buen poeta, buen dramaturgo ó periodista aventajado, para poder cubrir las necesidades más perentorias de la vida; y de ningun modo podia imaginar los incesantes desvelos, las prolongadas vigiliyas y las encarnizadas luchas que, aún dada una notable aptitud, amargarían su existencia ántes de que luciese para él aurora tan risueña.

Su completa ignorancia en este punto era, sin embargo, merecedora de dispensa. ¿Cuántos abejorros no pululan hoy en el mundo de las letras, pretendiendo que se les abra paso, aún cuando no llevan por garantía más que la alabanza que á sí mismos se tributan?

Pablo, cuando más, llegaba á reforzar el contingente de los pretendidos sacerdotes del saber.

ANTONIO PEREZ RIOJA.

(Continuará.)

## ESTUDIOS MITOLÓGICOS.

## SUPERSTICIOSA RELIGION DE LOS GRIEGOS.

## I.

El hombre siempre ha tenido tendencia á la supersticion, tanto aquel que se pierde en la noche de los tiempos como el que en nuestra época profesa las llamadas modernísimas religiones; y esto es porque aún no ha llegado la humanidad al grado de cultura suficiente para desprenderse de preocupaciones nacidas unas veces del país en que vivimos, otras de los estudios á que nos dedicamos, y las más de la primera educacion que recibimos. Es esta una amarga verdad que no es posible rechazar; los hechos lo demuestran, y ante el implacable juez de la historia nada se puede oponer.

No tratamos por ahora de indicar medios para combatir las supersticiones, pero sí nos vamos á permitir tratar á grandes rasgos la historia de las más principales de los antiguos tiempos entre los griegos, que se creyeron depositarios del saber humano, y fueron, á no dudar, los que elevaron más la idea del progreso.

No será menester decir que las naciones más ilustradas de la antigüedad abrigaban casi las mismas supersticiones que las más ignorantes. Los egipcios, cuyas religiones pertenecian á la idolatría, pues eran muy varios los dioses ideales á quienes levantaron ricos y suntuosos templos, legaron á los judíos, segun los mismos libros sagrados lo demuestran, parte de sus erróneas creencias, preocupaciones y divinidades puramente imaginativas, como Osiris que representaba el sol é Isis la luna, las que tenían por personificacion aquí en la tierra animales como el buey, que dió origen más tarde al becerro de oro de los persas.

Estos mismos egipcios eran presa muchísimas veces de encantamientos y magias, y creían tanto en agüeros, que raro era el objeto que no les indicaba algo para el porvenir; los sueños, la hoja seca que del árbol se desprendía y rodando á impulso del huracan caía en esta ó en la otra direccion, los días en que tenían lugar los acontecimientos, los cometas que se presentaban en el espacio, y todo aquello que era más ó ménos propenso á lo extraño, á lo maravilloso.

Estas raras creencias del pueblo que se llamó en la antigüedad el primero en el camino de la civilizacion, fueron la base de las supersticiones de los griegos.

Grecia, cuya colonizacion se verificó cuando Moisés hizo que los hebreos saliesen de la tierra de los Faraones, mil quinientos años ántes de Jesucristo;

Grecia, repetimos, recibió de los egipcios su principal educacion profana y religiosa.

Son tan curiosas y extrañas las supersticiones que tuvieron despues los griegos, tan especiales las creencias y vagas preocupaciones á que les llevó su afan de saber y su meridional imaginacion, que merecen un detenido exámen.

Principiaban por no tener idea fija y exacta de Dios, creador supremo del Uníverso, que con su poderosa vista todo lo percibe y vela, y que con su mano omnipotente todo lo gobierna; por más que le presentian, el concepto que formaban de la divinidad era tan pequeño, que suponian haber sido sus dioses ántes hombres eminentes de su patria, guerreros ilustres ó jefes de fracciones ó familias poderosas, los cuales suponian que habitaban aún entre ellos.

Este ruin concepto de Dios no hubiera llegado á nosotros, despues de los siglos trascurridos y de tantas generaciones como pasaron aleccionadas en la escuela de la ciencia, si poetas como Homero, el ilustre ciego que inmortalizó su nombre con la *Ilíada* y la *Odisea*; Hesiodo, cantor constante de los dioses en su *Teogonia* y en su *Escudo de Hércules*; Safo, la célebre poetisa de Delfos; si historiadores como Herodoto y Jenofonte, oradores y filósofos como Sócrates y Demóstenes, y artistas no ménos notables de todos géneros, no hubieran dejado imperecederos testimonios en sus poemas, fábulas, discursos, estatuas, pinturas y mosaicos.

Y como el verdadero concepto de Dios es la unidad, y la idea cierta del espíritu es la concreta, por eso no acertaron los sabios de la Grecia á encontrar el ideal del Sér Supremo: sólo el gran Sócrates la presintió, pues aunque Heráclito y Anaxágoras sintieron levantarse en su alma la nocion del espiritualismo, fué de una manera muy incompleta. Grecia concebía el espíritu sólo en la naturaleza, nada fuera de ella; no se habia encarnado en la filosofía helénica la grandiosa concepcion del espíritu en sí mismo, y de ahí tantas y tan ridículas supersticiones.

Cuando los pueblos modernos se ocupan de Dios, se elevan hasta el cielo, y con las alas de la oracion remontan su vuelo á mundos mejores, donde todo es grandeza, y de donde sólo bien y misericordia puede esperarse; pero los griegos, que al ocuparse de Dios se ocupaban del mundo que les rodeaba, y que tenían divinidades adornadas de iguales miserias y debilidades que los hombres, sólo ideales mezquinos en cuanto á Dios y necias supersticiones podían surgir de tales absurdos. Pasman los adelantos que en las ciencias, en las letras y en las artes se realizaron en Grecia, habiendo tenido una religion tan falta de los verdaderos principios del progreso.

«El pensamiento, como ha dicho nuestro querido amigo el Sr. Castelar, conoce que la naturaleza no es toda la vida ni todo el sér, y quiere penetrar en otro mundo más alto y más hermoso, y adivinar el sér que se oculta en el manto de los cielos;» y esta verdad consoladora y sublime no la conocían bien los griegos: de ahí sus muchas preocupaciones.

## II.

De los infinitos séres de pura fantasía á quienes réndian culto y veneracion los héroes de las Termópilas, los sabios de Atenas y todos los que habitaron en tiempos antiguos las comarcas dominadas por el Helicon y el Parnaso, era el primero y más principal Júpiter.

Este dios, que estaba erigido, por decirlo así, en rey de las demas divinidades, decían ser hijo de Saturno, que habia sido forzado por un hermano poderoso y tirano, cuyo nombre era Titan, á destruir toda su descendencia masculina. La divinidad cumplió su promesa por espacio de algun tiempo, devorando cuando nacían á todos sus hijos, hasta que Rhea, su esposa, encontró medios de ocultar el nacimiento de Júpiter, Neptuno y Pluton, que no corrieron la suerte de sus hermanos.

Titan, sin embargo, descubrió la descendencia varonil de su hermano, y, deponiéndole de la autoridad que ejercía, le aprisionó en oscura y lóbrega mansion. Crece durante este tiempo Júpiter, llega á la edad viril y, con fuerzas superiores á todos los demas de su clase, vence á su tío el célebre Titan y repone á su padre Saturno en el trono.

En todos estos contratiempos y vicisitudes intervenía Hado, poder incontrastable para los dioses gentiles, único que tenía algo de superior y que se apartaba más de lo terreno.

A pesar del amor filial demostrado por Júpiter, exponiéndose á perecer á manos del coloso Titan en lucha que aparecía ántes de decidirse como muy desigual, y que habia de resultar en ella vencido el primero, más tarde cuestionó con su padre, de cuya riña resultó el destronamiento de éste y su destierro á tierra extraña, en donde Saturno se decidió pacíficamente, y de una manera muy provechosa para sí y para su descendencia, á romper la virgen tierra, á cultivarla y hacerla producir sabrosos frutos. Más tarde fué denominado Saturno con el nombre de Chrono, dios del tiempo, representándose entónces bajo la figura de un apergaminado viejo, que en una mano tenía la guadaña de la muerte y en la otra una serpiente con la cola introducida en la boca, queriendo demostrar con todo esto la destruccion que el tiempo causa y la sucesion no interrumpida del otoño, invierno, primavera y verano.

Ahuyentado Saturno por su hijo Júpiter, cuando éste y sus dos hermanos se encontraron, decidieron

repartir entre sí los dominios de sus mayores; quedóse el vencedor de Titan y destronador de Saturno con el supremo dominio del cielo y de la tierra, obteniendo Neptuno la direccion de las aguas, y recibiendo Pluton á su cargo el gobierno de las regiones infernales.

Siempre las malas obras, aún entre los gentiles, han tenido castigos, y aquel que las lleva á cabo, si su conciencia no le agujonea, no falta nunca quien le ocasione molestias y le haga pagar su delito. Así le sucedió á Júpiter: los descendientes de Titan, terribles y valientes gigantes, trataron de inquietarle y derribarle de las alturas en que se hallaba colocado dirigiendo sus dominios, y proyectaron escalar el cielo, poniendo el monte Veta sobre la cumbre del Pelion. Alarmados con esto los dioses, huyeron de su divina morada sobre el monte Olimpo, dirigiéndose á Egipto, donde se trasformaron en animales diversos; no obstante, Júpiter, auxiliado por su hijo el semi-dios Hércules, el más fuerte, el más osado y el más emprendedor de todos, concluyó con los gigantes; asegurando su soberanía.

Se representa á Júpiter, segun antiguos testimonios, con rayos en la mano derecha y á su lado una gran águila.

Este dios se casó con su hermana Juno, divinidad hermosísima, pero de un genio iracundo é impertinente: á esta se la retrata sentada en una carroza, tirada por dos grandes pavones.

A Neptuno que, segun se ha dicho, era el dios del Océano, se le pinta con un hombro medio desnudo, de majestuosa y arrogante figura, con una corona en la cabeza y un tridente en la mano, colocado sobre una carroza arrastrada encima de las aguas por caballos marinos.

A Pluton, dios de los infiernos, se le personificaba por los griegos sentado en un trono, con su mujer Proserpina al lado, y un gran perro de tres cabezas, guardador de la puerta de las regiones infernales, llamado Cancerbero.

## III.

Habia nueve divinidades de lo más importante del Olimpo, hijas del gran Júpiter; y Apolo, cuyo recuerdo es de lo más grato á los artistas, porque tenía bajo su dominio la música, arte divino que domestica á las fieras, y que, segun Pitágoras, Arquitas, Platon, Aristóteles y otros antiguos filósofos, sirvió de norma para la armonía de la naturaleza. Tambien estaban al amparo de Apolo, la poesía, lenguaje de los dioses; la pintura, que nos retrata la naturaleza, que nos presenta á lo vivo mundos desconocidos y lega á las generaciones venideras una historia viva, por decirlo así, é indeleble; y la medicina, ciencia necesaria de todo punto para hacer más llevadera la vida.

Se pintaba á este dios como un elegante y apuesto mancebo, con un arco en la mano y una aljaba llena de flechas á la espalda.

Marte era otro de los hijos de Júpiter, educado por Priapo, y célebre sobre todo por sus amores con la hermosa Vénus: fué quien dicen que favoreció á los troyanos en la célebre guerra que ocasionó la ruina de Troya, tan elegantemente descrita por el poeta de Mántua, Virgilio, en la narracion que pone en boca de Eneas al hacer la historia de los hechos ante la hermosa y enamorada Dido, cuya narracion principia por los tan repetidos y magníficos dísticos:

*Infandum regina jubes memorare dolorem.*

Se le representa por un hombre alto y bien formado, con casco, lanza y escudo, y sentado en un carro del que tiran dos corceles llamados la Fuga y el Terror, y con Belona, diosa inferior, á su lado: es la divinidad que presidia la guerra, cruel azote que desde los primeros tiempos del mundo ha sido una de las causas del anonadamiento del hombre no pocas veces, y de que éste no haya llegado aún á la altura de ilustracion suficiente.

Minerva, hermana de los anteriores, era la diosa más noble y de mayor importancia, pues protegía á los sabios: se le personificaba en una bella y modesta mujer, cubierta su cabeza de casco guerrero; en la mano derecha una pica, en el brazo izquierdo un broquel y el pecho cubierto con su égida de oro y plata.

De esta divinidad hizo uso el gran Fenelon, bajo el pseudónimo de Mentor, para dirigir á Telémaco en sus, por todos conceptos, célebres *aventuras*, escritas como consejos para uno de los hijos de un rey de Francia de los más notables, obra que, además de inmortalizar á Fenelon, ya célebre escritor y elocuentísimo orador sagrado, sirve hoy de agradable lectura á cuantos aman las letras.

Mercurio, mensajero de Júpiter, era el dios de tres cosas bien diversas por cierto, y que casi se repelen entre sí, porque nada hay que ménos se armonice que un orador, un ladron y un comerciante; pues de todos era protector. Se le presenta como un jóven con alas en los piés y en la cabeza, volando, y con una vara en una mano llamada caduceo, delgada, lisa y cilíndrica, adornada con dos aletas en sus extremidades, y ceñida por dos culebras simétricamente entrelazadas ó enroscadas: esta misma varita era el emblema político que los embajadores griegos usaban como distintivo de la paz.

Baco, también hermano de estos y de los nueve hijos de Júpiter, era el dios de la alegría y del placer, el que presidia las orgías y fiestas donde entraba el vino como el elemento principal: su nombre significa furor, y con esto se alude á las vivas y ve-

hementes pasiones que el zumo de la vid produce. Se le representa rubicundo, festivo y adornado con racimos ó pámpanos, y montado sobre un tonel con el jarro y la copa en las manos: los beodos estaban bajo su amparo.

Habiendo como habia dioses para todas las manifestaciones más ó ménos directas de la naturaleza y del espíritu, no podian quedar sin representacion la hermosura y el amor; la primera, manantial inagotable de los placeres; y fuente la más abundante de los puros goces y de los deleites, el segundo. Por eso los griegos personificaron estos dos ideales en Vénus, mujer hermosísima, nacida de la espuma del mar, que pintaban siempre desnuda sobre un carro tirado por cisnes ó palomas, y á la que Safo cantó en un notable himno, del cual es la siguiente estrofa traducida:

Sagrada Vénus, cuyo santo númen  
En varios pueblos tiene incienso y aras,  
Hija de Jove y de amorosas tramas  
Dulce maestra.

A Vénus se le construyeron templos magníficos en Lesbos, Chipre y Citera.

También la juventud tenía su diosa entre los nueve hijos de Júpiter: era esta Hebe, linda jóven coronada siempre de flores; servía la copa á los dioses del Olimpo, pero en una ocasion se le cayó de las manos á presencia de ellos, y habiéndose sonrojado, no se volvió á presentar.

Era Vulcano hermano de los anteriores, pero el ménos querido de su padre; tenia un carácter tosco y desaliñado, lo cual contribuyó á que Júpiter le arrojase del cielo á la isla de Lesbos, recibiendo en la caída tan fuerte golpe en una pierna, que se quedó cojo para siempre: le empleó el que le diera el sér y habia sido su tirano, en la fabricacion de sus rayos; se casó este dios con la hermosa Vénus, quien le ocasionó inquietudes y sinsabores con su ligera conducta. La fragua en donde se dice que Vulcano fabricaba los rayos para Júpiter, la suponian bajo la ardiente montaña Etna, en Sicilia, sobre el estrecho de Mesina, derivándose, al parecer, de esto la voz *volcan*.

La castidad y la caza encontraban su dios en la preciosa Diana, hembra de gallarda presencia, que con arco y flechas en sus manos, altos y adornados borceguies y un gran lunar en su frente, vivia siempre en los bosques y en las praderas, siendo también la que dirigia el astro de la noche, la luna, tan querida de los enamorados, poetas y pintores.

También Apolo ó Febo, que se le conocia asimismo con este nombre, dirigia el sol por la bóveda celeste, y un hijo suyo llamado Faeton, con otros aturdidos y pretenciosos mozos, obtuvieron el permiso de aquel para conducir un dia la carroza del

sol; pero al llevar á cabo su atrevido pensamiento, tanto se precipitaron en su carrera los feroces caballos que les conducian, que se bajaron hasta acercarse á la tierra, que se incendió. Irritado con esto Júpiter, y temiendo que todo el universo fuera consumido, con uno de sus flamígeros rayos dió muerte á Faeton y los suyos, volviendo á encaminar al sol por su carrera usual, y encargando á la diosa Aurora, mensajera de la mañana, que le cuidase con esmero y vigilase con atencion.

Antes de pasar á mencionar las divinidades menores, no podemos ménos de ocuparnos de aquel que era conocido más que ninguno por la juventud; aquel que por lo travieso y engañoso todavía anda en lenguas para personificar la pasion amorosa; Cupido, el célebre Cupido, niño caprichoso y jugueteo, hijo de Vénus, que con sus esplendentes alas y los dardos que disparaba, encendia los corazones con tierna pasion, consiguiendo á veces amansar al tigre, á la hiena y otros feroces animales, llegando su poder hasta despedazar los rayos del mismo Júpiter. Por eso no nos extraña que Arolas, en su sentida composicion á Celiva, dijese:

¿Quién contará las glorias de Cupido?

Esto despues de haber hecho ver su poderío é influencia en estrofas como la siguiente:

Más dulce es la milicia del amante,  
Distintas son sus armas y peleas,  
Distinta la victoria; siempre vence  
El que dócil se rinde, humilla y ruega.

Sí, el amor personificado ó no en Cupido, es, á no dudar, la más noble manifestacion del espíritu, y el que consigue dominar al más vehemente y audaz, al que desprecia con mayor teson los latidos del corazon. Dígalo, si no, el insigne poeta de Arezzo, el cantor de Laura, el inmortal Petrarca, que en uno de sus más inspirados sonetos exclamaba:

Amor, con quanto sforzo oggi mi vinci.

#### IV.

Dada una idea de los principales dioses del Olimpo, vamos ahora á ocuparnos de los inferiores, de aquellos que representaban un papel secundario en las celestiales mansiones; del Destino, juez inexorable que todo lo gobernaba, personificado en los llamados Hados; de las Furias, de las Gracias, de las Musas, de los Semi-Dioses; de los oráculos, sacrificios, agüeros, de la mansion del castigo ó Tártaro, el lugar donde estaban los bienaventurados ó Eliseo, y otros puntos importantes de la mito-

logía, que forman parte integrante de las supersticiones de los griegos.

Las divinidades inferiores más conocidas eran: Himeneo, que personificaba el matrimonio y se le representaba con una corona de flores en la cabeza y una antorcha encendida en la mano. Eolo, hijo de Menalipe, nombrado por Neptuno rey de los vientos; se le pintaba sentado en el centro de una tenebrosa caverna donde tenía sujetos con fortísimas cadenas y encerrados á aquellos. Cuando Ulises, el rey de la isla de Itaca, padre de Telémaco y uno de los que penetró en Troya dentro del célebre caballo de madera, arribó, segun Homero, á los dominios de Eolo, que reinaba en las islas volcánicas, el dios, sorprendido de la sabiduría de aquel, le regaló unos pellejos donde estaban encerrados los vientos contrarios á la navegacion que llevaba el héroe griego; aguzados por lá curiosidad, los compañeros de Ulises abrieron los odres, y desencadenándose los huracanes, tan furiosa tempestad tuvo lugar que todos los bajeles naufragaron.

Se contaba asimismo entre las divinidades inferiores Pan, dios del campo, y por lo mismo de la alegría y de la abundancia, de la paz y de la tranquilidad, de esa vida sosegada y apacible que Horacio describe en su oda *Vita Rustice Laudes*, y fray Luis de Leon en aquella tan deliciosa que principia:

¡Qué descansada vida  
La del que huye el mundanal rüido,  
Y sigue la escondida  
Senda por donde han ido  
Los pocos sabios que en el mundo han sido!

El campo, la aldea, hé aquí dos palabras que conmueven y enternecen á todos los que alguna vez hayan experimentado las múltiples y variadas sensaciones que producen la solitaria cabaña donde el pastor sencillo se alimenta de la leche que dan sus ganados, el susurrante arroyuelo que blandamente se desliza entre las silvestres flores de las cuales á su paso murmura, la sencilla zagala con ese candor que encanta, los árboles de los huertos siempre cubiertos de frutos, la vid que rastrea la tierra llena de sabrosos racimos que más tarde han de producir el delicado vino, y, en fin, todo eso que ni se encuentra en el bullicioso París, en la monumental Roma, en la fabril Lóndres, ni en ninguno de esos centros populares de agitacion.

Perdone el lector esta digresion; somos tan apasionados de lo que estaba bajo los dominios del dios Pan, que al ocuparnos de ello casi siempre nos salimos de la cuestion. Y volviendo á la presente, diremos que aquel se personificaba en un macho cornudo con pies y cola de cabra, morando casi

siempre en los valles de la Arcadia, antigua y considerable porción del Peloponeso y hoy provincia de Tripolitza, en los que atraía á los pastores con expresivos acordes de una flauta que al parecer poseía.

Céres, que era la diosa de la agricultura, é hija de Saturno y de Cibeles, enseñó á los hombres á preparar la tierra y hacerla producir las mieses: se la representa coronada de espigas y con una hoz en la mano; tenía una preciosa hija llamada Proserpina, la que robó Pluton en un momento en que se hallaba recogiendo aromáticas y frescas flores en los extensos y bellos campos de la isla de Sicilia, haciéndola reina y señora de los dominios infernales. Incomodada con esto su madre, é ignorando la suerte que le había cabido, encendió una antorcha en el violento fuego que despedía la empinada montaña llamada Etna, y desalentada recorrió toda la tierra buscando la prenda querida de sus entrañas; y habiendo llegado al Atica, á aquella region situada entre el mar Egeo, la Megárida y la Beocia que tenía por capital la ciudad fundada por Cécrope, la gran Atenas, é ignorando sus habitantes la labranza, les enseñó á cultivar los campos, dándoles semillas y granos para echar en los surcos de la tierra. Como no encontrara allí tampoco á su hija, continuó el viaje en su busca, y, al fin, pudo saber todo lo que le había ocurrido: entonces se elevó inmediatamente al cielo, solicitando amparo del Gran Júpiter, quien despues de oír sus sentidos lamentos y amargas quejas, le ofreció que obligaría al indiscreto Pluton á restituirle á Proserpina, siempre que no hubiese comido desde su bajada á las regiones infernales manjar alguno. Se trató de averiguar esto; pero, ¿cuál no sería el disgusto de Céres, cuando el dios le indicó que había tomado una granada y se hacía, por lo mismo, imposible la salida, según las leyes del infierno!

Compadecido no obstante Júpiter de la atribulada madre, ordenó que Proserpina residiera seis meses con aquella y otros seis con su marido Pluton.

La Justicia, que es uno de los ideales más sublimes, estaba regida entre los griegos por Astrea, que en la infancia del mundo, cuando no se conocía lo mio y lo tuyo, y solo la buena fe imperaba, vivió en la tierra, retirándose despues al empíreo, donde se trasformó en el signo zodiacal ó constelacion Virgo.

Desamparados los mortales de la Justicia, entregados á las tenebrosidades de la barbarie y del error, solo quedaba, para poder salvar en parte esto, Temis, diosa de la Ley, respetable y grave matrona que tenía en una mano la balanza que se decía haber pertenecido á Astrea, y en la otra una espada de acero bien templada.

## V.

El Destino inexorable que todo lo gobierna, y bajo el cual se hallaban cuantos seres pueblan el universo, está personificado en tres hermanas llamadas Parcas, que, representando el pasado, el presente y el futuro, se empleaban constantemente en hilar el hilo de la vida humana; una tenía la rueca, otra el huso y la tercera, con grandes tijeras, cortaba el hilo cuando era lo suficiente largo: la que tenía la rueca se llamaba Clotho, Lachesis la que manejaba el huso, y Atropos la que cortaba el hilo. Así á estas, como á las Gracias, ninfas y otros seres mitológicos, les hace el insigne Goethe intervenir en su inmortal poema *Fausto*, y no solo este poeta se vale de tan ideales seres para sus concepciones, sino otros muchos. A los decretos de dichas tres hermanas se sometía el mismo Júpiter, y sus truenos, que á todos los demas moradores del empíreo asustaban y conmovían, á ellas no les producía alteracion alguna.

Era el Destino conocido tambien con el nombre de Hado, el cual se usó más, pasando hasta las generaciones modernas.

Tres eran tambien las Furias, encargadas de castigar el crimen en la tierra y en el infierno, con guerras, enfermedades, pestes y otras calamidades. En sus cabezas tenían serpientes por cabellos y eran sus miradas aterradoras, contribuyendo á hacer más temible su aspecto el terrible látigo que una de sus manos empuñaba, mientras en la otra una tea de gran luz les servía de guia. Sus secuaces eran el Terror, la Locura, la Tristeza, la Envidia y cuantos azotes pesan sobre la pobre humanidad.

Con estas desventuradas vengadoras del crimen, hacian un contraste singular sus tres hermanas las Gracias. Aglaya, que tanto influjo ejercia en la vista, que hacía á los ojos, esos espejos del alma, más ó ménos expresivos; Hegemona y Eufrosina, cuyos atributos y aspectos correspondian á su nombre genérico, eran bellas y fascinadoras.

¿Qué poeta habrá que no haya tratado de personificar las Gracias en su amada? Es seguro que Shakspeare para la creacion de sus grandes tipos de Ofeelia y Desdémona, Dante para la de su Beatrice, Garcilaso para Elisa y Flérida, Goethe para Margarita, y el Tasso para Leonora, se han inspirado en esa hermosura fantástica, en ese idealismo de belleza con que se suponian las Gracias adornadas.

No podian ménos de ser hermosas y alegres, siendo hijas de la incomparable Vénus y del siempre jugueton Baco. Se las representa desnudas y enlazadas por los brazos.

Es llegado el caso de hablar de las Musas, esas nueve hermanas moradoras del monte Parnaso ó Helicon, que bajo la direccion del rubicundo Apolo eran

protectoras de las bellas artes: ellas son esos seres ideales por quien suspiraban los poetas de la antigüedad y de las que aun muchos de los modernos se ocupan por deferencia á la historia preclara de sus mayores. Siempre, al hablar de Aristófanes, Plauto, Molière y Moratin, se recuerda á *Talia*, patrona de la comedia. Al ocuparse de los griegos Tespis, creador de la tragedia, Esquilo, Sófocles y Eurípides; de los romanos Livio, Andrónico y Ennio, y de los posteriores trágicos Corneille, Shakspeare y García Huerta, se viene involuntariamente á la memoria *Melpómene*, su protectora. Cuando se leen sentidas canciones de Horacio y Virgilio; Villegas y Melendez Valdés, Martínez de la Rosa y Becquer, no puede ménos de recordarse á *Erato*, inspiradora de todos los poetas de corazón, de las dulces emociones, del apacible amor, y á *Polimnia*, patrona del género lírico; así como la heroica entonación de las odas de Píndaro, Herrera y Quintana, y los discursos de Demóstenes y Ciceron, hacen recordar á *Caliope*, bajo cuyo amparo estaban la poesía y la elocuencia heroicas y épicas: el nombre de *Clio* trae involuntariamente á la memoria á Tito Livio y Jenofonte, á Barrante y á Mariana, pues protegía la historia: *Urania* era la que inspiraba á los astrónomos, y por eso Copérnico y Galileo, Keppler y Newton, al hacer sus estudios, involuntariamente veían vagando por los espacios imaginarios esta Musa, como verían, á no dudar, á *Euterpe* Donizetti, Bellini, Beethoven y Mozart; así como todos los danzantes y bailarines sentirán retozar cerca de sí á *Terpsícore* cuando en sus evoluciones coreográficas lata violentamente su corazón.

## VI.

Aparté de la inverosimilitud que domina en todo lo que á la mitología concierne, no puede ménos de reconocerse en ella la gran imaginación de los griegos, la viveza de su ingenio, la galanura de sus concepciones y su expresión y fascinadora inventiva. La mitología, así como es quimérica y absurda religiosamente considerada, como obra poética es indudablemente de gran trascendencia; sus creaciones no tienen semejante, sus rasgos son primorosos, la maravilla impera en cuanto de ella sale.

Porque no solo las creaciones mitológicas se reducian á lo que en los artículos anteriores va expuesto, sino que habia aún mucho más; el espacio, el mar y la tierra estaban llenos de semi-dioses. Los bosques sombríos, donde el alto cedro y la corpulenta encina, la airosa palmera y el roble secular ostentaban su verde ropaje, prestaban grata y apacible sombra á las *Driadas*, misteriosos seres que se inspiraban en el vago murmullo de las hojas, en el sentido canto del ruiseñor y de la alondra, y daban un aspecto de melancolía sin igual á la umbrosa

pradera, y así á esta, como al jardín ameno, que el heliotropo y las rosas, el azahar y el tomillo perfuman, daban alegría á las *Ninfas*, hermosas y rozagantes doncellas que velaban el sueño de los pastores y danzaban á los melodiosos acordes de la flauta del dios Pan, perseguidas siempre de los feos y caprichosos *Sátiros*, monstruos de extraño aspecto, hombres cornudos de medio cuerpo arriba y cabras sumamente belludas el resto, y de sus compañeros los Faunos y Silvanos.

Las montañas tenían también sus dioses tutelares, y los arroyuelos murmuradores que por entre las guijas resbalan llevando la fertilidad al seco y árido terreno; igual las fuentes cristalinas, natural espejo de las pastoras y de los enamorados pastores, eran misteriosas viviendas de las *Náyades*, ninfas de las aguas que, semejantes á las Sirenas del mar, atraían á los caminantes, encantándolos con sus canciones celestes, fascinándolos con sus miradas arrebatadoras.

Eran los griegos tan dados á lo extraordinario, tan llevados por lo sublime, que creían oír la voz del gran Júpiter en el trueno; y el vago rumor de las alas de Eolo, en la fresca y suave brisa primaveral, que robando su aroma á las flores convierte el espacio en embalsamado Edem. Ese vago eco de la floresta en las mañanas del otoño y del estío, presumían que era la argentina voz de alguna diosa; el trino de los pájaros desconocidos, era la música que los Faunos y Sátiros concertaban para entretenir á las Ninfas y á las *Nayades*; el chirrido de los árboles que desgajados por la tormenta venían al suelo, los lastimeros ecos del espíritu de algun pecador atormentado por las Furias; la ardiente lava de los volcanes, el fuego depurador que de los infiernos lanzaba á la tierra el terrible Pluton; y en fin, en todo veían la mano misteriosa de sus dioses. Y hasta tal extremo habían llevado su afán de localizar é individualizar, por decirlo así, la divinidad, que los albañiles y carpinteros, las costureras, los sastres y otra porción de oficios y artes mecánicas tenían sus dioses, haciéndoles, por supuesto, intervenir siempre y en todas ocasiones en los negocios de las criaturas, lo mismo en lo noble y grande que en lo pequeño y vicioso: ellos poseían las malas pasiones é igualmente estaban sujetos á la envidia, al rencor, á la impureza y á otros no ménos feos y asquerosos vicios que el hombre; y no solo esto sucedía á las divinidades inferiores, sino que hasta el mismo Júpiter parece que en casos dados prevaricaba.

A pesar de todo, los griegos creían en la inmortalidad del alma y en la sancion de las buenas y malas obras.

Era una mariposa el símbolo que en sus templos representaba á aquella, á causa de considerarla, por

sus transformaciones de larva, crisálida y mariposa, como el tipo más acabado de los cambios que en el sér humano se verificaban, viendo en su diversidad de colores las múltiples y singulares variaciones por que juzgaban había de pasar el espíritu; pero el premio y la recompensa tenían lugares á propósito.

Imaginaban que las almas, después del penoso tránsito de la vida, descendían á las orillas de un lago pestífero llamado Estigia, donde Caron, barquero misterioso que recibía en su pequeña nave á los difuntos que habían sido sepultados, los pasaba á la contraria orilla: este lago ó rio, como algunos han dicho, pertenecía á los dominios de Pluton.

Pisada la orilla contraria, las misteriosas y trémulas sombras se dirigían á los magestuosos é imponentes palacios del esposo de Proserpina, cuya puerta resguardaba el monstruoso perro de tres cabezas Cerbero, cubierto de áspides venenosas en lugar de pelo; seguidamente pasaban á la presencia del Acauto, Radamanto y Minos, los tres inexorables jueces de las regiones infernales, que examinando los méritos y deméritos de los juzgados, les sentenciaban á padecer por siempre los rigores del infierno, el Tártaro, ó á gozar de las mansiones divinas del gran Júpiter, el Elíseo.

#### VII.

Era el Tártaro, ó lugar del castigo, mansion tenebrosa llena de horrores y miserias, donde se juzgaban cuantos males se habían hecho sobre la tierra; era el lugar destinado á expiar las culpas mundanas. En él estaba Tántalo, hijo de Júpiter y de Plota, rey que había sido de Frigia y de Corinto, según indican algunos, el cual tuvo el atrevimiento de servir á los dioses, en un día que se hospedaron en su casa, los mutilados miembros de su hijo Pelope, por lo que fué condenado á sufrir toda la eternidad hambre y sed. Mercurio colocó á Tántalo sujeto con cadenas en un lugar de los infiernos, del cual, llegándole el agua á la barba, no puede beber, y las frutas que tocan á cada instante en sus labios, no le es posible comerlas, creciendo cada día más su ansiedad. A éste le acompañaba también Ixion, seductor de Juno, ligado con grandes y fieras serpientes al borde de una rueda dando vueltas constantemente sin descansar un momento; y Sísifo, condenado á subir sin cesar una gran piedra á la cumbre de una montaña, que tan luégo como en la cúspide la colocaba, se desplomaba de nuevo para que volviese á comenzar su penosa tarea.

Mansion tan repugnante se la suponía llena de malhechores y criminales de todos géneros, que azotados por el terrible látigo de las Furias, desesperados lanzaban tan horriblos gritos que al más duro corazón conmovían; á la par estaban rodeados de llamas y cadenas por todas partes, y un ruido es-

trepitoso y constante les molestaba hasta el extremo de no oírse los unos á los otros.

¡Qué pintura más viva de tremendo castigo! ¡Qué desgarradoras consideraciones no se ocurren acerca de esto! Parécenos ver á aquellos infelices, ya atravesando la Estigia, ya al lado de Tántalo sufriendo la misma pena, ó rodando con Ixion sin poder parar: y el fuego, y el humo, y el estrépito sólo podemos débilmente compararlo con la horrorosa gritería y el terrible incendio de Pompeya y Herculano al ser sumergidas bajo la ardiente lava del Vesubio; solo podemos presentarlo, figurándonos con Victor Hugo ver el humo y el estruendo que producirá una ciudad al perecer presa de las llamas

Un croit voir á la fois, sur le vent de la nuit  
Fuir toute le fumée ardente et tout le bruit,  
De l'embrasement d'une ville.

Por lo contrario, el Elíseo se creía el lugar de los encantos y de los placeres; la alegría y la ventura en el semblante de todos sus moradores se percibía; á cualquier parte que de él se miraba, praderas cubiertas siempre de verde césped y esmaltadas de aromáticas y hermosas flores, se veían fuentes abundantes y arroyos cristalinos en cuyo raudal de plata, las náyades, las ninfas y las diosas jugueteaban. Los más bellos y canoros pajarillos, en perpetuo canto, regalaban los divinos oídos; el aire más puro y más sereno, la luz más brillante y la galanura mayor que puede concebir la imaginación, eran pálidos reflejos de otras mil preciosidades que no hay palabras para explicarlas y que se hace muy difícil concebirlas. Ni los cuidados ni las pesadumbres molestaban á los habitantes del Elíseo, quienes pasaban los días gozando de las delicias que en la tierra les habían sido más caras, y en admirar la sabiduría, el poder, la fortaleza y la serenidad de los dioses y la sin par galanura y encanto de las diosas. Únicamente leyendo los cantos de la *Divina Comedia* de Dante, puede tenerse una pálida idea de la mansion que los griegos presentaban para los bienaventurados.

Tales eran los puntos más culminantes de la mitología; réstanos algo aún que tratar de ella, pero antes de pasar más adelante, para fijar las ideas, debemos hacer algunas consideraciones acerca del culto.

Eran los habitantes de la Grecia, según se ha repetido, de una imaginación fogosa, por lo que sus ceremonias y ritos parecían, mejor que parto de inteligencia fecunda, rasgos de acalorada fantasía. El culto público consistía en ceremonias; invocaban y ofrecían sacrificios á sus dioses en suntuosos templos, gloria del arte, y de los cuales aún, para honra de aquellas generaciones, se conservan brillantes recuerdos; y sus fiestas más solemnes consistían en

magníficas procesiones, mascaradas, bailes, representaciones dramáticas y cuanto constituye lo que hoy se llaman diversiones profanas; y si á esto se añadan las bacanales, funciones celebradas en honor de Baco (de las cuales parecen proceder los modernos Carnavales), en las que siempre descollaban los tumultos, la embriaguez y otros excesos, se formará idea de lo que era aquel culto.

Aquellos que debían ser los directores del espíritu, no demandaban de los otros hombres más que una sumisa adoración á los dioses y reverencia exterior, haciéndoles ver que serían recompensados con el celestial favor á proporción del mayor valor de sus ofrendas.

### VIII.

Habia también ritos y ceremonias secretas que sólo los iniciados podían practicar: las más respetables de éstas eran los misterios de Eleusis, famosa ciudad del Ática, donde existía un hermoso templo levantado en honor de Ceres, y los iniciados estaban obligados con el más solemne juramento á no revelar jamás los misterios que sabían.

A tales ritos, sólo atenienses eran admitidos, y esto contribuía á que de los privilegiados sacasen partido; creían que los que morían sin iniciarse eran condenados á revolcarse en el cieno constantemente y por toda la eternidad. Los que revelaban los secretos de la religión eran condenados á la pena capital: á pesar de tanta rigidez, se divulgaron los ritos que la generalidad del público ignoraba, comprendiéndose más tarde que el misterio de que se rodeaban era sólo para excitar la superstición, el temor y la veneración por medio de místicas ceremonias é ilusiones engañosas.

Una de las cosas que más excitaba la superstición de los griegos, eran los oráculos interpretados por sabios de nombre, tan cortos de inteligencia, que la gitana ménos perspicaz de nuestro tiempo, prediciendo la *buena ventura*, demuestra más talento que ellos. Se sostenían los templos donde los oráculos auguraban, y se daba importancia á sus sacerdotes, porque esto era como una de las bases de la religión del país, subvencionada por el Estado, y éste, en cuantos asuntos de importancia y trascendencia tenía, los consultaba, ansiando conocer lo futuro, deseando levantar el tenebroso velo del porvenir: pasmosa es esta conducta de los griegos, que, aparte de todo, eran en general discretos y de viva penetración: se entregaban en los asuntos más árdulos á los que hoy se llaman adivinos y brujas, en vez de consultar los hechos de la historia y la verdadera filosofía, de la que son bases seguras la moral y la experiencia.

El más célebre de todos los oráculos era el de

Apolo en Delfos, ciudad construida á la falda del monte Parnaso.

Se había notado hacía mucho tiempo que de una profunda caverna, al lado de aquel monte, salían vapores de efectos tan fuertes y poderosos, que producían convulsiones á los hombres y á los animales; y los habitantes de los alrededores, incapaces de comprender este fenómeno completamente natural, creyeronlo originado por algún misterioso sér, y suponían que las frases delirantes que pronunciaban los desgraciados que por aspirar dichos vapores morían con horribles convulsiones, eran profecías inspiradas por alguno de los habitantes del Eliseo.

Al principio creyeron que aquel oráculo debía de ser de la antiquísima diosa Tierra; después, á esta divinidad asociaron la de Neptuno como auxiliar en el ministerio, y Apolo fué quien llevó la gloria de las inspiraciones. Se edificó en el indicado sitio un templo, poniendo al frente una sacerdotisa llamada Pitonisa, cuya misión fué aspirar por intervalos el vapor profético; y para que lo hiciera sin peligro de caer en la caverna, como había sucedido á otras personas, se colocó sobre la boca ó abertura de la oscura mansión una silla llamada trípode, por estar colocada sobre tres piés: á pesar de esto, el oficio de la Pitonisa no era agradable, y estaba su vida muy expuesta á peligros eminentes; las terribles convulsiones que hacía por efecto del fétido vapor de la caverna, eran con frecuencia tan violentas, que ocasionaban la muerte, y siempre tan penosas, que á menudo se necesitaba obligar á la sacerdotisa á sentarse á la fuerza en su trípode.

Después de aspirar las emanaciones aquellas, la Pitonisa pronunciaba palabras inconexas que los sacerdotes que la rodeaban traducían á su manera, dándoles siempre un sentido enigmático, que en caso de interpretación eran en favor de los planes que tenían y la misión que llevaban al consultar; lo cual dió lugar á que más tarde hubiera impostores que fingieran convulsiones y sacasen gran partido del oráculo.

El de Delfos se acreditó mucho, extendiéndose rápidamente su fama, yendo de todas partes á consultarle, constituyendo las dádivas de los que le interrogaban una tan pingüe renta, que dió bastante para levantar un magnífico templo.

Además, la veneración que se tributó á este oráculo contribuyó para que sus directores ejerciesen marcada influencia en los destinos de la Grecia, elevando personajes, dando crédito á otros, ejerciendo marcada dirección en las leyes y costumbres griegas, y sirviendo no pocas veces de fuerte defensa de las libertades.

A pesar de este poderoso predominio, los oráculos en Grecia, como en otros países, fueron con el

tiempo perdiendo su reputación; sus predicciones se hicieron ridículas, reputándose como equívocas ó falsas, sucediendo esto mucho más cuando la esplendente y viva luz del cristianismo abrió ancho campo á la verdad, disipando el error.

## IX.

En tanto que los oráculos profetizaban públicamente en los templos, se exploraba también lo futuro por medio de otros conductos, procurando señales de buena ó mala ventura. Las más expresivas de éstas eran ciertas marcas en los intestinos de las víctimas que se sacrificaban sobre las aras. Palomas, cabras, toros, gallos, carneros y otros animales, se inmolvaban para aplacar las almas de los muertos. Era opinión, por todos recibida, que si los dioses á quienes se ofrecían estaban satisfechos de la oblacion, los animales sacrificados lo mostraban, pues al dar muerte á un toro ó cabra, el sacerdote oficiante le introducía un cuchillo desde la frente hasta la cola, y si el animal se espantaba, era prueba de no ser aceptable á los divinos moradores del Eliseo, y entonces se retiraban; pero si permanecían quietos en el altar, se creía que les era agradable.

Satisfechos los sacerdotes con las pruebas, deramaban incienso, vino y frutas sobre las víctimas, y despues les daban muerte.

Se hacían los sacrificios á los dioses al salir el sol, porque vivían rodeados de la luz que tanto amaban; y á las divinidades inferiores se hacían á media noche, porque repugnaban el esplendor del día. Al celebrarse estas ceremonias, se danzaba alrededor del altar, mientras se cantaba por los que estaban destinados los himnos sagrados, que se componían de tres partes; la primera, llamada *estrofa*, y se cantaba cuando iban de Occidente á Oriente; la segunda, *antiestrofa*, cuando marchaban de Oriente á Occidente, y la tercera, *épode*, que se cantaba delante del altar.

Terminado el sacrificio, llevaban una porción el sacerdote, otra los magistrados y otra generalmente la llevaba á su casa el oferente para que le sirviera de *buena ventura*, ó para la preservación de los males.

Además de estos sacrificios, había los regalos ó dones, que consistían en copas, flores, coronas y otros objetos bellos y de valor, lo que se daba para obtener de los dioses algún beneficio. Así como los que salían de una enfermedad visitaban los templos, los que cambiaban de oficio legábanle las herramientas ó instrumentos empleados para que les concediese buena suerte en los nuevos oficios. El pescador dedicaba sus redes á las Ninfas del mar; el pastor sus caramillos al dios Pan, y la matrona regalaba á Vénus su tocador.

El exámen de los intestinos de los animales para adivinar el porvenir, era asunto de suma trascendencia, y los que lo hacían debían tener siempre exquisito esmero: el hígado, la hiel, el corazón y otros órganos interiores, presagiaban en sus varios aspectos lo que había de suceder; tanto es así, que la muerte del gran Alejandro, el vencedor de Darío y conquistador de la Tracia, Iliria, Asia menor, Tiro, Gaza, Judea, Egipto y la mayor parte del mundo conocido, se pronosticó porque el hígado de una víctima no tenía divisiones: el día en que dieron muerte á un famoso rey, presintió su fallecimiento, porque chupaban su misma sangre las cabezas de las víctimas sacrificadas.

Los sueños eran también mensajeros de lo que había de suceder, y de tal manera se creían, que había en Atenas y otros puntos de Grecia soñadores de profesión pagados de los fondos públicos. Bien es verdad que para esto no es necesario remontarse á tan antiguos tiempos, cuando hoy tantos pagados por el Estado sueñan constantemente, y en especial si son empleados de Hacienda ó loterías.

El vuelo de las aves, su canto, sus periódicas presentaciones, el punto donde colocaban sus nidos y otras mil circunstancias en ellas naturales, eran también motivo de presagios: por eso eran observados el buho, el cuervo, el águila, la golondrina, los buitres y otros muchos; tanto es así, que de los últimos, el célebre Aristóteles, maestro de Alejandro Magno, cuyas obras inmortales, á pesar de los siglos trascurridos, aún son con avidez consultadas, creía eran de mal presagio, en razón á que constantemente se les veía cebados en la carne, así como también las lechuzas por su feo aspecto, su vuelo imperceptible y su vida nocturna; sin que esto fuera, no obstante, obstáculo para que en Atenas se dijera que presagiaban la victoria y los sucesos agradables. Mucho más se podría decir acerca de esto, pero todo vendría á corroborar lo ya indicado; mas á pesar de ello, no dejaremos de mencionar el gallo, que servía en muchas ocasiones de intérprete del porvenir, especialmente en todo lo que concernía á la guerra, porque eran consagrados al dios Marte: su canto auguró la victoria de Temístocles sobre los Persas, en cuya memoria se estableció una fiesta, cuyo principal recreo eran peleas de gallos.

Asimismo las hormigas, abejas, lagartijas, culebras, liebres, corderos y otra porción de insectos, réptiles y animales, pronosticaban lo que había de suceder. Por eso se dice que la huida del ejército de Jerges la auguró la fuga de una liebre. La muerte de Cimon, caudillo valiente y emprendedor, se predijo por un enjambe de hormigas que se colocaron sobre uno de sus piés. El gran Homero, en su

poema inmortal cantando la guerra de Troya, menciona una culebra que devoró en su nido nueve polluelos de gorrion, lo que se creyó significaba que la guerra habia de durar tantos años como eran aquellos pajaritos.

Como todos los demas accidentes naturales, los huracanes, las brisas, los truenos, los rayos, los relámpagos, los eclipses, los cometas, y esa multitud de variaciones que en el infinito espacio tienen lugar, eran manantial copioso de ilusiones y extravíos supersticiosos. Siempre que ventaba se creia que Eolo tomaba violentas determinaciones, así como cuando la tormentosa nube se presentaba con truenos, relámpagos y rayos se creia que Júpiter levantaba su poderosa voz y despedía sus dardos para castigar á los mortales. Muchos sucesos históricos se dicen presagiados por meteoros, por presentaciones de cometas ó por cualquiera fenómeno parecido, y como son tantos, nos abstenemos de hacer citas, creyendo que no serán ignorados.

#### X.

Hemos delineado á grandes rasgos lo que constituía la *supersticiosa religion de los griegos*, y restanos ahora, para concluir, indicar cómo aquella contribuyó poderosamente en su mágica poesía, en su arquitectura, en su música, en su filosofía, y en todo su modo de ser; y aunque haya quien nos tache de apasionados en las apreciaciones, estamos, sin embargo, satisfechos de nuestro juicio imparcial, nacido, no solo de nuestro criterio, sino tambien del de muy ilustres pensadores.

Inspirados los artistas y filósofos griegos en la religion que profesaban (que entónces, como ahora, la religion tan poderoso influjo ejerce en el hombre, que le cambia y modifica), no podia ménos de ser su poesía la poesía de la naturaleza, y su filosofía puramente circunscrita á los límites de aquella. Los griegos, que habian recurrido á la India y al Egipto para inspirarse en sus tradiciones, principiaron por apropiarse el dogma de aquellas, y mezclándole con las ideas propias de la libertad, de la duda y del concepto posterior que ellos formaron de la divinidad, dieron vida á una teología práctica que contribuyó poderosamente á formar su filosofía, su política y familia.

Las varias escuelas de Gnómicos (que aunque separada del espíritu sacerdotal, tenía con él muchos puntos de contacto), de los Dóricos, de los Jonios, sensuales y populares que se interesaban más por averiguar la naturaleza de los fenómenos que por apreciar su fin moral; la de Thales de Mileto, gran astrólogo; la de Pitágoras, cuya base principal era la armonía entre las acciones del hombre y el universo; la de los atomistas, sofistas, cínicos, pirróni-

cos, platónicos, aristotélicos, epicúreos y más que seria prolijo enumerar; todas, con las excepciones por que cada una se distingue, tienen por punto de partida la vida del hombre, relacionada con la naturaleza, sin tendencia determinada á esa vida espiritual de virtudes que solo despertó el cristianismo.

Sócrates, que fué para nosotros el filósofo de mayor importancia entre los griegos, y que sintió en su alma dibujarse, aunque confusamente, el concepto de la divinidad, tuvo solo una filosofía práctica, sin principios generales, y sus discípulos, obedeciendo á este plan, se desbandaron, fundando innumerables sectas exageradas, y ridículas muchas, que desvirtuaron la del maestro. Por eso la doctrina de los filósofos posteriores á aquel gran pensador es indeterminada y excéntrica, predominando en ella la idea de una virtud abstracta, que lleva al hombre unas veces fuera de la sociedad y con tendencia al salvajismo, y en otras á una vida voluptuosa que conduce al egoismo y al sensualismo.

Pues la causa de esto era la falta de la verdadera nocion de una religion que pusiese al hombre en relacion con la idea de Dios, Hacedor de todo lo que existe y superior á cuanto el hombre puede imaginar. Aquellos dioses, con pasiones mezquinas como cualquier mortal, aquellos presentimientos absurdos, y en fin, las ridículas supersticiones que tenían los griegos, no podian ser la base de una sólida filosofía, aunque sí de una poesía maravillosa, y servir de cimiento seguro á las bellas artes.

Las vastas concepciones que inspiran esa multitud de dioses, que cada uno respectivamente estaba adornado de sorprendentes cualidades, verdaderamente raras y muchas veces encantadoras; las moradas misteriosas de las náyades, de las musas, de los semi-dioses y de todos los que regian los destinos de la humanidad; el Eliseo, el Parnaso, y cuanto formaba parte integrante de la mitología, eran robustos elementos de un arte gigantesco que habia de dejar gloria eterna.

Por eso aparecieron los órdenes de arquitectura Jónico y Dórico, cuyos edificios descollaban, los del primero por una sencillez sin afectacion, una elegancia y suavidad sin cargazon de adornos, líneas y figuras; y los del segundo, por su respetuosa severidad y sus pronunciadas líneas; y el Corintio, de mayor magnificencia y maestría y más elegancia que los anteriores.

Por eso descollaron al calor de las ideas inspiradas en la mitología griega la escultura y la pintura, de la que fueron notabilísimos intérpretes Fidias, Miron, Ctesilio, Praxiteles, Apeles, Lisipo y otros tantos.

Y por eso mismo la música alcanzó tan alto grado

de perfeccion, que puede muy bien considerarse aquella época como punto de partida de los adelantos de este arte; el majestuoso estilo dórico, el risueño y alegre jónico y el simental eolio, patentizan la gran altura á que entónces llegó la música.

Al sonoro eco de la flauta, instrumento el mejor manejado por los habitantes de la Grecia, entonaban himnos á la divinidad, coros en las tragedias y en las danzas de las fiestas populares que dejaron imprecadera memoria, como sucede en Ariadna y en Romeica, himnos cantados cuando bailaban, y que los atenienses no há muchos siglos entonaban sobre las ruinas de su pasada gloria.

La poesía griega. En este punto es indudable el notable predominio de la religion aludida. Una constante personificacion de las cosas y de las ideas espirituales, una directa intervencion en los más hondos y sublimes misterios, una obediencia ciega á los oráculos de fantástica imaginacion, y un ardor creciente por el conocimiento de Dios; no podía menos de engendrar poetas y cantores de arrebatada inspiracion y acentos sublimes, donde descuellan imágenes arrogantes, idolatría por la estética, y un no sé qué especial que da impulsos á nuevos y bellos engendros; pero casi siempre en la esfera comun de los goces menos ideales que los nuestros; siempre recordando goces y placeres ya sentidos.

El politeísmo todo lo revistió de divino carácter, y tratando de dar mayor majestad á la idea del Sér Supremo, pobló los mares, los rios, los montes, los bosques y toda la superficie terrestre, segun queda dicho, de dioses; dió carácter de tales á sus héroes, y por eso los antiguos vates celebraron en sentidas y potentes canciones la multitud de gracias y cualidades de los divinos séres. Homero, aún con estas incompletas ideas, trató de regenerar la sociedad de su tiempo.

Tanto se podia escribir acerca de lo que vamos exponiendo, que habria materia bastante para muchos libros; pero como á nuestro propósito cumple tan sólo iniciar á los lectores en la mitología, con algunos rasgos de los más culminantes, y la poderosa influencia que ejerció en la sociedad, terminamos estos apuntes, no abandonando, sin embargo, el propósito de hacer un más detenido trabajo cuando nuestras condiciones lo permitan.

JESUS PANDO Y VALLE.

## AMOR Y AMOR PROPIO.

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN PROSA.

PERSONAJES.

CLARA, ENRIQUE Y FERNANDO.

La escena en un pueblo de la Mancha.—Época actual.

ACTO PRIMERO.

Gabinete elegantemente amueblado.—Puertas al foro y laterales.—Sobre una mesa libros, periódicos y recado de escribir.—Piano.

ESCENA PRIMERA.

CLARA.—ENRIQUE.

(Los dos sentados.—Clara leyendo un periódico.)

CLARA. (Lee.) «Y no habiendo asuntos de qué tratar, se levantó la sesion. Eran las cinco y media.»

ENRIQUE. ¡Sublime! Hé ahí una página más que añadir á la historia de la actividad parlamentaria española. «No habiendo asuntos de qué tratar...» Las actas de estas sesiones siempre me recuerdan la de una del Congreso mitológico de *Los Dioses del Olimpo*.

«Congregados á la una en sesion acalorada, los dioses no hicieron nada ni se acordó cosa alguna.»

¿Conoces esa zarzuela?

CLARA. Creo recordar.

ENRIQUE. Nada tendria de extraño. Los bufos son, en mi concepto, como las expediciones veraniegas: inútiles y aún perjudiciales á veces... ¿Qué persona medio acomodada puede prescindir de unos y de otras sin grave riesgo de ser censurada por una mayoría menos discreta?

CLARA. Ciertamente; pero la costumbre...

ENRIQUE. ¡La costumbre! ¿Y ha de ser esa falsa ley irreconciliable enemiga de la higiene del alma y del cuerpo? ¡La costumbre!... Disfraz con que trata de encubrirse esa reina absoluta de la sociedad que se llama moda, y que es sólo un inagotable tesoro de efectos contraproducentes en otros tesoros, creidos también inagotables por padres cariñosos y maridos complacientes.

CLARA. ¡Qué exageracion!

ENRIQUE. Desengañate, querida... En tiempo de Adam no se conocia el significado de esa pícara palabra, lo que me induce á creer que los rápidos progresos que ha hecho desde entónces acá, son uno de tantos castigos impuestos al género humano por su sensible curiosidad. Pero, en fin,

abandono estas reflexiones, afortunadamente inútiles para tí, que reunes á la belleza de la mujer el claro talento del hombre.

CLARA. ¡Galante está la mañana!

ENRIQUE. ¡Consecuencias de una noche de insomnio! No hagas caso, y prosigamos con nuestra diaria tarea de enterarnos á duo de *La Correspondencia*.

CLARA. Sigo leyendo: «La reunion que tuvo lugar anoche en los magníficos salones de la baronesa del Césped...»

ENRIQUE. Y es la tercera de que da cuenta este número.

CLARA. «Estuvo, como todas, animadísima, dándose allí cita cuanto de notable encierra nuestra coronada villa en belleza, talento y fortuna...»

ENRIQUE. El diablo son estos revisteros... ¡Con qué facilidad dan á entender lo incompatibles que son la belleza con el talento, aquella con la fortuna, y ésta con aquél!

CLARA. «A las dos de la mañana abrióse un magnífico *buffet*, espléndidamente servido, con el que fué obsequiada aquella escogida sociedad...»

ENRIQUE. ¡No hay efecto sin causa! Si yo fuera individuo de la Academia de la Lengua, inscribiria en su Diccionario: «*Buffet*: sustantivo masculino afrancesado: semilla que, sembrada en el campo del periodismo, produce sueltos.» Continúa, continúa.

CLARA. «La encantadora dueña de tan magníficos salones hizo los honores de la casa con la exquisita galantería que la es proverbial...»

ENRIQUE. ¡Eche usted adjetivos! A trozo de pavo en galantina, loncha de jamon en dulce y copa de *Champagne* por cada uno, indudablemente ese mozo ha estado á pique de reventar! ¿No te parece? ¡Y poco hueca y oronda que se habrá puesto nuestra amiga Isabel al oirse—mejor dicho—al leerse llamar encantadora!

CLARA. ¿Serías capaz de negar?...

ENRIQUE. ¿Yo? ¡Dios me libre!

CLARA. Cuando precisamente es mujer que para ciertas cosas se pinta sola.

ENRIQUE. Con efecto, y especialmente para hacer su *toilette*.

CLARA. ¡Bah! ¿Vas á hacerme creer que se pinta?

ENRIQUE. ¡Pshé! Pintarse precisamente, no; pero sí revocar una fachada algo deteriorada por las inclemencias del tiempo.

CLARA. ¡Si es muy vieja Isabel!...

ENRIQUE. Desde que yo era así... pequeñito, estoy oyéndola llamar encantadora, y ya ves, tengo treinta y seis años!

CLARA. ¡Treinta y cinco!

ENRIQUE. Lo mismo da. Con tales datos, puedes calcular próximamente su edad.

CLARA. (Con aire burlon.) ¡Sesenta años!

ENRIQUE. ¿Sesenta? Mira, quizá no vayas descaminada.

CLARA. ¡Eh! ¡Déjame en paz!... ¡Cuidado que te has vuelto insufrible! ¡Preciso es quererte tanto como yo te quiero, para poderte soportar algunas veces!

ENRIQUE. (Estrechando sus manos con cariño.) ¡Clara mía!

CLARA. ¡Quite usted, zalamero! Y en verdad que es muy extraño que el que siempre vivió esclavo de la sociedad, la rechace ahora, censurándola sin fundado motivo.

ENRIQUE. Nuestro casamiento...

CLARA. ¡Linda disculpa! ¿Por ventura está reñido el cariño con el trato de gentes?

ENRIQUE. No; pero el cariño, á medida que es más intenso, se complace más en el egoísmo de la soledad.

CLARA. ¡De un pueblo de la Mancha!

ENRIQUE. (Reconvencion.) ¡Clara!

CLARA. Y dime, ¿acaso la inmensidad de nuestro afecto ha sido tambien la causa de tu inexplicable reserva para con todo el mundo respecto á nuestra union?

ENRIQUE. (Si supiera...) No ignoras la última voluntad de mi padre. Ardiente partidario de la alianza de nombres, para él era indiferente la de corazones. Sin consultar el mio dispuso de él, y al dártelo yo á tí, falté á una palabra por él empeñada y que yo debí sostener. La abierta publicidad de nuestro enlace hubiera sido, más que desobediencia, descaro con respecto á mi padre; más que desaire, desprecio con respecto á la que él habia elegido para esposa mia.

CLARA. Oyeme, y sé juez en tu propia causa. Aven tajado discípulo de D. Juan Tenorio, ibas de flor en flor, robando tesoros de amor y de ternura, hasta que hallaste una mujer que, ménos confiada, ó quizá más enamorada que las demas, te hizo conocer que la virtud no es sólo una palabra, que realmente existe, y que, sin ella, el cariño, desprovisto de base, no podria subsistir.

ENRIQUE. (¡Oh!)

CLARA. Te quise, porque te juzgué digno de mi cariño, y más de una vez temí perderte, por creerme en tu loco juicio esquivá á una pasión que era mi vida; pero debia ocultar la inmensidad de mi afecto, porque, á veces, ama tanto ménos el hombre cuanto más se siente amado. Dudaste de mí, porque te amaba demasiado: y fuese por amor propio, ó porque hubieras encontrado en mí algo que me hacia superior á las demas, me ofreciste un nombre que no vacilé en aceptar: el tuyo, que una santa union hizo tambien mio.

ENRIQUE. ¿A qué recordar?...

CLARA. Nos casamos; y nuestro enlace, que á nadie debía ocultarse, á todo el mundo se ocultó... Nada me importaba tal misterio; nada te pregunté. Era dueña de tu cariño, y eso me bastaba. Al día siguiente dejamos á Madrid por este pueblecillo, donde vivimos hace ya cerca de un año, y también nuestra partida fué un secreto para todo el mundo, dejando así sin contestación los muchos comentarios que habrá originado nuestra repentina desaparición.

ENRIQUE. (Disgustado.) ¡Clara!...

CLARA. ¿Y sabes que, á no estar segura—como lo estoy—de tu cariño, bastaría tu conducta para dudar de tu sinceridad?... Pero no; te amo demasiado, Enrique mio, y no puedo creerte capaz de avergonzarte ante el mundo de querer á una mujer honrada.

ENRIQUE. (Tiene razón... ¡Hice mal!)

CLARA. En fin, dejemos esta enojosa conversación; y sepa usted, señor marido, que su esposa seguirá como hasta ahora, respetando ese deseo... ó ese capricho, hasta el día en que Dios nos envíe un pequeñín, cuya infantil curiosidad haya que satisfacer...

ENRIQUE. (Con extremada alegría.) ¿Cómo? ¿Sería posible?

CLARA. Sí, Enrique mio: espero que muy pronto venga un nuevo sér á estrechar más nuestros lazos, haciendo reflejarse en él nuestro inmenso cariño!

ENRIQUE. (Entusiasmado.) ¡Clara de mi vida! ¡Oh! Tienes razón... fui un imbécil en ocultar lo que todo el mundo debía saber; necia preocupación me hizo callar, sin comprender que la dicha es tanto mayor cuanto más envidiable es!

CLARA. ¡Enrique!

ENRIQUE. Desde hoy para nadie será un misterio nuestro casamiento... volveremos á esa sociedad que abandonamos como vergonzosos amantes: juntos siempre, iremos los tres á todas partes... el pequeñín el primero.

CLARA. (Entre gozosa y burlona.) ¡Sí... en mantillas!

ENRIQUE. ¡Y es verdad!

CLARA. La noticia te ha hecho perder la cabeza.

ENRIQUE. Tienes razón: tanta felicidad en un día... Pero, no importa: daremos magníficas reuniones para presentarle en sociedad, y para que los rivales nos llamen, á tí amable, y á mí encantador...

CLARA. ¡Qué algarabía!

ENRIQUE. Empezaremos, por lo pronto, enviando un comunicado á *La Correspondencia*... aunque no, eso sería dar demasiada publicidad... (Al dejar el periódico sobre la mesa ve una carta.) ¡Calle!... Una carta.

CLARA. Es verdad. Me había olvidado decírtelo...

Son tan pocas las que recibimos... esta mañana la trajo el cartero.

ENRIQUE. ¡De Madrid! Y esta letra no me es desconocida. (Abre la carta.) Veamos la firma: «Fernando Acuña.» Fernando en Madrid, y yo que aún le hacía en los Estados-Unidos... A ver qué dice: (Leyendo.) «Querido Enrique: Vengo desde New-York, acompañando á la mujer de lord Prestly, »de la que estoy enamorado como un loco...» ¡Ah, Fernando... te reconozco!

CLARA. ¡En ese detalle! ¡Lindo sujeto!

ENRIQUE. «Pretextando una ardiente pasión por »Ketty, su hermana, desoriento al marido, de »quien ya soy íntimo amigo, y me capto las simpatías de mí, hasta ahora, desdeñosa inglesa. »Dentro de unos días van á San Petersburgo, á »donde pienso seguirles. Por una casualidad he »sabido tu paradero, que todos ignoran, y no desconozco la causa de tu destierro. Me alegra el »que sigas soltero.» ¿Eh?... Es verdad... éste no sabe... «Porque así tendrás más libertad, y me »acompañarás á San Petersburgo...» A San... sí, espérate: ¡como no te acompañe otro que yo!... «Te cederé á Ketty...» ¡Gracias!... «Dentro de »poco me tendrás á tu lado: no quiero marcharme sin despedirme de mi adorada, que no me lo »perdonaría. Conque, adios, y hasta muy pronto. »Siempre tuyo, Fernando Acuña.» (Al terminar la lectura, un momento de pausa.) ¡Caramba! ¡caramba! ¡caramba!... (Reparando en su mujer. — Con sentimiento.) Pero... ¿qué veo? ¿Lloras?

CLARA. (Enjugándose las lágrimas.) ¡No, no hagas caso!

ENRIQUE. (Con amante solicitud.) ¡Sí! Estás llorando.

CLARA. (Sonriendo tristemente.) No es nada.

ENRIQUE. ¿Temes acaso que Fernando?... Tranquízate, vida mía: el puro imán de tu cariño me lleva hácia tí de tal manera, que no basta á contrarrestar su poder el halago de un amigo.

CLARA. (Con amor.) ¡Enrique!

ENRIQUE. Desecha ese temor, y ¡qué diablos! Suframos esa importuna visita, ya que no nos es dable evitarla. Prepárale una habitación... cualquiera... la peor de la casa, á ver si así conseguimos que se marche más pronto.

CLARA. ¡Pobrecillo! Haré que le preparen el pabellón del jardín.

ENRIQUE. Como quieras; pero anda pronto... (Consultando el reloj.) Las once: ya no puede tardar en venir, y es necesario que vea... ¿No temes ya?

CLARA. ¿Temer? ¿Y cómo, si creo en tí?

ENRIQUE. (¡El tal Fernando!...)

CLARA. (¿Podrá la amistad más que el cariño?...)

(Vase.)

## ESCENA II.

ENRIQUE, *solo*.

¡Fernando en España! ¡Aquí, dentro de breves instantes!... No sé por qué su presencia, que tanto deseaba en otro tiempo, ahora... Y no es que haya dejado de quererle, no; mi amistad hacia él es la misma de siempre, porque esa dulce afección dura aún más que la vida. Sin embargo, nuestras ideas, ántes tan idénticas como perjudiciales, no lo son ya: él, aún no ha reconocido su error, mientras que yo he abjurado del mio, adorando á la virtud en toda su grandeza... Y cómo se reirá cuando sepa que estoy próximo á ser padre de familia... Pero ¿por qué se ha de reír? ¿Acaso la felicidad, por el hecho de ser verdadera, ha de ser ridícula? ¡Censúrela en buen hora la sociedad, mientras no la rechace la conciencia; porque si la sociedad es el mundo, la conciencia es Dios! Si yo pudiera convencerle... él es bueno: su corazón, guiado por malos instintos, entregado á fáciles mujeres, ha podido dudar de la virtud; pero el corazón, intérprete del alma, inclinase más hacia el bien que hacia el mal, y quizá el consejo de la experiencia haga fructificar el arrepentimiento. Si; pero vaya usted á convencer á quien viene nada ménos que de New-York persiguiendo á una mujer casada... á lady Prestly, que Dios sabe qué casta de pájaro será!... «Te cederé á Ketty...» Lo mismo dispone de ella... ¡ay! Esta cesion me recuerda otra que yo le hice... ¡ah! Pero la mia era más ventajosa... él me cede una soltera, y yo le cedí una casada! ¡Qué tiempo aquel! Siempre unidos, compartíamos triunfos y derrotas, y aún recuerdo alguna estocada que recibí por él, en pago á las que él recibiera por mí! Pero lo que nunca podrá borrarse de mi imaginacion, es la noche de nuestra despedida, ántes de que él partiera al Nuevo Mundo... Legalizado y sellado por el choque de sendas copas de *champagne*, hicimos el juramento de permanecer invulnerables al matrimonio... Él lo ha cumplido; pero yo... Si su estancia aquí fuera corta... evitando la presencia de Clara podría ocultarle... Lady Prestly no tardará en partir, y una vez lejos de España, ¡quién sabe cuándo volverá! Todo ello se reduce á retardar un par de dias más... ¡un par de dias! ¡Necio corazón, que se avergüenza de honrado! ¿Acaso es delito violar un juramento que rechaza el alma? Lo que es infame, es posponer á mi imbécil amor propio el puro cariño de una esposa amante. Lo que debiera avergonzarme es haber mentido haciendo de la última voluntad de mi padre una máscara para encubrir ese amor propio. ¡La amistad! No... no era la amistad lo

que me unia á Fernando... No puede ser tan dulce afección el lazo que une dos seres educados en el vicio. Aquél, la muerte solo puede romperle... le deshace la virtud. Censúreme en buen hora: éste, nada me importa. ¡La censura del malvado es el mejor elogio del hombre de bien!

## ESCENA III.

DICHOS.—FERNANDO.

FERNANDO. (Dentro.) ¡No... no es necesario!

ENRIQUE. ¡Él!

FERNANDO. (Entrando.) ¡Enrique!

ENRIQUE. ¡Fernando!

FERNANDO. (Abrazando á Enrique.) ¡Aprieta!

ENRIQUE. ¡Afloja, chico... me vas á ahogar!

FERNANDO. Perdona, Enrique... es tanta mi alegría al volverte á estrechar entre mis brazos...

ENRIQUE. No es menor la que yo experimento; pero creo que el cariño nada tenga que ver con la asfixia.

FERNANDO. Tienes razon: sin querer, traté de poner en práctica el refran de «tanto te quiero...»

ENRIQUE. «Como te trituró...» ¡Gracias!

FERNANDO. ¿Habrás recibido mi carta? No puedes imaginarte el deseo que de verte tenía. Al llegar á Madrid, mi primer cuidado fué volar en tu busca. Estabas aquí, y era natural que no te encontrara: tu ausencia me hizo sospechar lo que, pocas horas despues, supe por Perico Arévalo, que era ya el trigésimoquinto ó trigésimosexto amigo á quien preguntaba por ti...

ENRIQUE. ¿Y te dijo?...

FERNANDO. Fué muy lacónico, pero expresivo: «Hace un año, me dijo, en un mismo dia desaparecieron de entre nosotros Clara... no recuerdo el apellido, y él. Hay quien dice que viven en amor—esta frase la dijo con mucha intencion—y compañía en...» y me indicó este pueblo. No dijo más, aunque, de decirlo, yo no lo hubiera oido, pues sabiendo lo que deseaba, corrí á hacer mis preparativos de viaje, y aquí me tienes.

ENRIQUE. ¿Por mucho tiempo?

FERNANDO. Por muy poco. El tiempo es oro, como dice lord Prestly, y yo no estoy muy sobrado de él para malgastarlo.

ENRIQUE. ¡Derrochador!

FERNANDO. Además, mis muchas ocupaciones al lado de mi adorada lady y de miss Ketty, su hermana, me impiden...

ENRIQUE. Cualquiera, al verte aquí, diria lo contrario.

FERNANDO. Gracias en nombre de tu administrador.

ENRIQUE. (Con inquietud.) ¿Le has visto?

FERNANDO. Y soy portador de cartas tuyas.

ENRIQUE. ¡Gracias á Dios! Por primera vez en tu vida has hecho algo de provecho.

FERNANDO. (Mucho temo que te equivoques.)

ENRIQUE. Empezaba á inquietarme su silencio.

FERNANDO. (Si tendré que arrepentirme de haberlo interrumpido...)

ENRIQUE. Y tú me devuelves la tranquilidad.

FERNANDO. Queda terminado el incidente. Hablemos algo de tí. ¿Sabes que te encuentro muy cambiado?

ENRIQUE. ¡Pshé! ¿Qué quieres? Los años...

FERNANDO. ¡Los años! ¿Acaso no soy yo más viejo que tú—poco más, se entiende—y me encuentro mejor conservado?

ENRIQUE. ¡Fatuo!

FERNANDO. No soy yo quien lo digo... Es la opinion de toda mujer á los tres dias de conocerme.

ENRIQUE. Vamos, siempre el mismo... ¡Ahora, como ántes, no se te cae la mujer de la boca!

FERNANDO. ¡Ay! Ojalá fuera cierto.

ENRIQUE. (Dándole una palmada en el hombro.) ¡Coqueton!

FERNANDO. ¡No lo creas... ya se me escapan... ya no me quieren! (Abrazándose á Enrique.)

ENRIQUE. No te quieren... ¡Como si te hubieran querido alguna vez!

FERNANDO. (Fatuidad.) Hombre, me parece...

ENRIQUE. Lo habrás creído así; pero la mujer que ama verdaderamente, no se rinde al falso halago de un hombre.

FERNANDO. (Sorprendido.) ¿Eh?

ENRIQUE. El verdadero amor, esa dulce inclinacion hija de la naturaleza, sólo puede justificarlo la virtud.

FERNANDO. Pero...

ENRIQUE. Ves á una mujer dotada de innumerables encantos, más bellos aún que la hermosura: su vista produce en tí una grata sensacion, mezcla inefable de mil afectos encontrados, pero reflejados en su mayor parte de uno solo: la admiracion. A esto llamas amor, y tu corazon no, tu cabeza no vacila en creerlo así. La ves asediada por infinitos adoradores que, como ellos á tí, tachas tú de importunos, y entónces un nuevo componente de esa falsa afeccion viene á robustecerla. Este es el amor propio. Pues bien: supongamos que por tus bellas cualidades... físicas, ó por un afecto simpático; ó—como sucede las más de las veces—por un capricho, te da la preferencia sobre los demas... ya no es amor propio lo que en tí domina: ahora son el orgullo y la vanidad los que vienen á reemplazarle. De su union nace el deseo, inevitable casi siempre, y casi siempre perjudicial. Con más talento que tú, ó quizá más amante, evita la ocasion del peligro, y entónces tú, insultando á la verdad, exclamas in-

dignado: «Su amor es mentira...» ¡Cuántas veces no habrás pronunciado esa frase!

FERNANDO. Ciertamente; pero...

ENRIQUE. Cambia la decoracion, y tomais la ficcion por la realidad, y exclamais recíprocamente: «¡Cuánto me ama!», y no vacilais en pronunciar esa frase errónea, que, traducida al lenguaje del alma quiere decir: «Cuánto nos despreciamos!» ¡Desengáñate, Fernando! La mujer es una joya que requiere ser engarzada; y tan mal sienta á un brillante un aro de cobre, como á un trozo de cristal un anillo de oro!

FERNANDO. (Después de una pausa.) ¡Enrique!

ENRIQUE. ¿Qué?

FERNANDO. ¿A ver?... Mirame cara á cara.

ENRIQUE. ¡Me harás reír!

FERNANDO. Estaríamos en paz... ¿Quieres hacer el favor de decirme si el que hace poco ha pronunciado ese más que soporífero sermón de Semana Santa es el mismo Enrique de quien yo me separé hace diez años?

ENRIQUE. ¡En cuerpo y alma!

FERNANDO. En cuerpo, quizá; pero lo que es en alma... ¡qué quieres!... la encuentro tan variada...

ENRIQUE. Las circunstancias...

FERNANDO. ¿Ese disfraz de la hipocresia? No lo creo: nunca te he conocido hipócrita... ahora, mucho menos...

ENRIQUE. Entónces serán... los años.

FERNANDO. ¿Otra te pego? Ya te he dicho que no me gustan esas bromas. Además, la juventud vive con el amor, y la vejez no empieza sino cuando aquel acaba.

ENRIQUE. ¡Filósofo estás!

FERNANDO. Por imitarte... aunque mi filosofía, afortunadamente, está exenta del puritanismo de la tuya.

ENRIQUE. ¡Siempre el mismo!

FERNANDO. Por supuesto, que no ignoro el motivo. Sé que esas ideas no son tuyas, sino que están inspiradas por una segunda persona...

ENRIQUE (Con temor.) ¿Cómo? ¿tú sabes?

FERNANDO. ¡Lástima fuera! ¿No soy tu amigo, y tu amigo verdadero?

ENRIQUE. (Incitándole á hablar.) Pero...

FERNANDO. Es inútil que insistas. Sin embargo, en el corto tiempo que esté aquí, procuraré tomar datos de vuestro sistema de vida, para si alguna vez me ocurre casarme... ¡no te asustes! hablo de un enlace de corazones, no del verdadero matrimonio, cuya sola idea me horroriza.

ENRIQUE. (¡Estoy siendo un infame!)

FERNANDO. Por otra parte, supongo que no me crearás capaz de violar un juramento que tú, y eso que eres más sensato que yo, has sabido respetar.

ENRIQUE. ¡Oh!

FERNANDO. Pero ¿querrás creer?—hice mal, lo confieso;—¿querrás creer que en mi *rêverie* durante el viaje llegué á sospechar de tí?

ENRIQUE. Hicistes...

FERNANDO. Mal, soy franco; ¿creer que tú?... pero en fin, ¡qué diablos! amor con amor se paga, y mal pensamiento con mal pensamiento: piensa tú mal de mí una vez no más, y cree que estaremos en paz.

ENRIQUE (Disgustado.) ¡Fernando!

FERNANDO. Es que si hubieras faltado á tu palabra, nunca te lo hubiera perdonado; y, la verdad, lo hubiese sentido, por recaer en tu daño la ejecución del proyecto favorito de mi catecismo amoroso: «Amarás á la mujer de tu mejor amigo y respetarás á la que sólo lo sea *in nomine*.»

ENRIQUE. ¿Cómo? ¿serías capaz?...

FERNANDO. ¿Lo dudas? ¿Piensas que no?... ¡Ah! Vamos, eso es que has querido tomar la revancha de mi sospecha de ántes, ¿no es así?

ENRIQUE. ¿A qué tomar en serio sus locuras?

FERNANDO. ¡Mis locuras! Tienes razon: soy un loco, pero con unos ribetes muy anchos de cuerdo, y cree que, á no serlo, me parecería increíble que tú, el Enrique de otro tiempo, trataras de locura la máxima que más de una vez has sabido poner en práctica.

ENRIQUE. Sí, ciertamente; pero ahora...

FERNANDO. (Sorna.) ¡Hipocriton!

ENRIQUE. ¡Fernando!

FERNANDO. ¡Resellado!

ENRIQUE. Pero...

FERNANDO. ¡Creyente!!!... ¡Me parece que no se le puede insultar más!

ENRIQUE (Con enfado.) ¡Vete al diablo!

FERNANDO. ¡Refutarme un principio eminentemente social!

ENRIQUE. ¿Qué quieres, que te dé la razon? De todas maneras has de quedarte con ella... Para tener razon basta hablar siempre.

FERNANDO. Sí, eso dice Fausto á Mefistófeles; y para no ser ménos que él te diré yo tambien: tienes razon, pues que te necesito.

ENRIQUE. ¿A mí?

FERNANDO. ¡A tí! Vente á San Petersburgo.

ENRIQUE. ¿Yo? A San...

FERNANDO. ¡Petersburgo, tú! Ya sabes que te cedo á Ketty.

ENRIQUE. ¡Eh! ¡Déjame en paz!

FERNANDO. Despues que me acompañes.

ENRIQUE. Pero...

FERNANDO. Es necesario, créeme, especialmente para tu salud: un mismo plato todos los dias llega en poco tiempo á extragar el estómago más fuerte... despues de un año, el tuyo debe ser de hierro.

ENRIQUE. ¡Imposible!

FERNANDO. No sé qué significa esa palabra.

ENRIQUE. ¿Cómo he de abandonar...

FERNANDO. ¿A Clara? Sencillamente: la dices que vas á Madrid... á compras; eso la agradará: ella te cree, te deja marchar, y una vez allí, de un salto... á San Petersburgo.

ENRIQUE. ¡Sí, como quien dice, á Vallecas! ¡No lo verán tus ojos!

FERNANDO. ¿No?

ENRIQUE. ¡No!

FERNANDO. (Resueltamente.) ¡Decididamente no!

ENRIQUE. Decididamente *ene, o, no*.

FERNANDO. ¡Eso es una infamia! Tenga usted amigos para que luégo se porten así... Hoy mismo he de borrar esa palabra del Diccionario, para que no existan ni áun en letras de molde.

ENRIQUE. Pero, hombre, escucha.

FERNANDO. Repito que esto es una infamia; que esto verdaderamente clama á... Pero no tengas cuidado, yo le diré á esa señora...

ENRIQUE. ¡Fernando! ¿Quieres oirme?

FERNANDO. ¿Me seguirás?...

ENRIQUE. ¡Pero, hombre, atiende!

FERNANDO. ¿Me seguirás?...

## ESCENA IV.

DICHOS. — CLARA.

CLARA. ¿Estorbo?

ENRIQUE. (A Fernando.) ¡Calla!

FERNANDO. ¡Ella! Nunca, señora. ¡Admirable tipo de belleza!

ENRIQUE. (A Clara.) Tengo el gusto de presentarte á mi amigo Fernando de Acuña... (A Fernando.) Te presento á...

FERNANDO. Las tres Gracias refundidas en una. ¡Preciosa criatura!

CLARA. (¿Qué dice?)

FERNANDO. (Acercándose desenvueltamente á Clara.) Ojos africanos, perfil griego, talle de sílfide, pié... el pié debe ser andaluz.

CLARA. (Conteniéndole.) ¡Caballero!

ENRIQUE. (Llamándolo á su lado.) ¡Por piedad, Fernando!

FERNANDO. ¡Comprendo tu resistencia!

CLARA. ¡Ese lenguaje!... ¿Le habrá ocultado Enrique?...

FERNANDO. (Bajo á Enrique.) ¡Ya conoces mi precepto! Bien se explica tu aislamiento: dueño de tal tesoro, eres lo bastante digno de envidia para tenerlo todo.

CLARA. ¡Ah! En su carta le creia soltero, y él... Será posible.)

ENRIQUE. ¡Dios mio! ¡Dios mio!

FERNANDO. (Mirando con descaro á Clara y luégo á Enrique.) ¡Tendré que hacer el viaje sólo!

ENRIQUE. (¡Callarás!)

CLARA. (Nunca lo hubiera creído.) Venía á anunciar á ustedes que el almuerzo nos espera.

FERNANDO. Siempre es descortesía hacer esperar... y tanto más, cuando se tiene como yo un apetito de ocho horas de viaje.

CLARA. Nada entónces mejor que ser corteses. (Yo sabré la verdad.) *En route.*

FERNANDO. *En route.* (Le ofrece el brazo, que Clara acepta.)

CLARA. Gracias. (A Enrique.) Aprende.

FERNANDO. (¡Bravo! ¡Ya se insinúa!)

CLARA. (¡Yo le castigaré!)

ENRIQUE. (¡Habré hecho mal?)

J. DE FUENTES.—A. ALCON.

## LA EXPLORACION DEL AFRICA.

En este momento en que la *Asociacion africana internacional* prepara el establecimiento de una estacion científica, destinada á servir de centro á la exploracion metódica del inmenso continente africano, es oportuno resumir brevemente la historia de los descubrimientos hechos en estos últimos años, é indicar en pocas palabras cuáles son las principales expediciones actualmente en vías de ejecucion ó en proyecto.

Ya se ha hablado suficientemente de la region del Mediterráneo y del Sahara, para que insistamos sobre ello. Bastará recordar algunos nombres: el capitán Roudaire, que se prepara á completar sus estudios en Argelia y Túnez; Largeau, que despues de sus dos viajes á Ghademés, espera en este momento en Onargla una ocasion favorable para ganar el Tonat; Say, que acaba de interrumpir su viaje al Hoggar, para llevar á Argel los *Tonarey* encontrados por él en la Zaonia de Temassimio (estos dos viajeros están aún léjos de haber traspasado los puntos alcanzados de un lado por M. Pablo Soleillet, en 1874, y del otro por M. Enrique Duveyrier, en 1862); el capitán de marina Mouchez, que ha efectuado recientemente, no sin peligro, el trazado hidrográfico de la costa de Trípoli; el viajero alemán Erwin von Barry, que trata en vano de encontrar el Hoggar por el Este, y que acaba de retroceder de Ghat sobre el Fezzan; en fin, Mardochée, judío marroquí, correspondiente de la sociedad francesa de Geografía, que anunció hace algunos meses su próxima partida para Tombuctu.

Mencionemos, además, el proyecto inglés de in-

troduccion del mar en el Sahara occidental, puesto en práctica por el Sr. Donald Mackenzie, quien el año anterior intentó en vano desembarcar en la costa frente á las islas Canarias.

Sobre la costa de la Guinea septentrional, encontramos á M. Bounat que, al emprender su tercer viaje al país de los Achantis, ha experimentado el dolor de cerrar los ojos á su compañero Georges Bazin, muerto de fiebre tifoidea en Axim.

En el curso inferior del Ninger funciona actualmente un servicio regular de seis vapores, hasta más arriba de la confluencia del Bernoué. El obispo anglicano Crowther, que ha pasado ya 30 años en este país, debe regresar muy pronto con ánimo de penetrar más léjos en el interior.

Un francés, M. Gustavo Sahler, ha propuesto recientemente el curso del Ninger, para llegar á Tombuctu, y aún más allá; pero la rapidez de la corriente de este rio presenta un obstáculo insuperable.

Otro proyecto de exploracion, cuyo punto de partida es el Ninger inferior, acaba de ser sometido á la sociedad francesa de geografia, por un antiguo teniente del ejército francés, el conde de Sémélé, que queria remontar hácia el Este el Renoné, gran afluente del Ninger, y el Chary, tributario del lago de Tchad; despues ganar los grandes lagos del alto Nilo y la costa de Zanguebar, á la altura del monte Kilimadjaro. Atravesaria así de parte á parte la porcion septentrional de la region desconocida, y uniría entre sí los puntos extremos alcanzados en el Sud de Tchad por Barth y Overweg, en la Adamaua, 1851; y por el Dr. Nachtigal, en el país de los Gaberi, 1872; á la region de los Niam-Niams y de los Mombuttus, visitada por Piaggia, 1860-1865; los hermanos Poncet, 1875-1858, y Dr. Schweinfurth, 1870; Miani, 1872; y el coronel Chaillé-Long, 1874. Uniria además las exploraciones del alto Nilo á los estudios hechos á poca distancia de la costa por los misioneros de Mombaz, rodeando al N. E. el lago Victoria Nianza á través de la comarca desconocida de Galles.

Sigamos la costa occidental de Africa, al Sur del Niger. Hácia el Ecuador encontramos la expedicion francesa de Savornan de Brazza, Marche y el doctor Ballay, que, partiendo de Gabon hace ocho meses próximamente, ha remontado el rio Ogoone hasta 300 kilómetros más allá de la confluencia del Ivindo, punto extremo de la peligrosa navegacion de Compiègne y Marche en 1874.

Entre el Ogoone y el Congo, la costa de Africa es impenetrable á causa de la hostilidad declarada de los indígenas, que en estos últimos años han impedido el paso á los exploradores alemanes Bastian, Güssfeldt, Homeyer, etc.

Los hermanos Grandy no han sido más afortuna-

dos en el Congo, donde una mision bautista inglesa trata de fundar un establecimiento en las cataratas del Yellala, barrera que no ha sido franqueada jamás, y remontar este gran rio.

En las colonias portuguesas de Angola está el límite meridional del país desconocido indicado por el itinerario del comandante Cameron.

Al Sur de esta línea, la region que se extiende entre Angola al Oeste y Mozambique al Este, y que ha sido el teatro de las exploraciones de Livingstone, va á ser estudiada de nuevo por la expedicion portuguesa, organizada bajo el mando de los señores Serpa Pinto, Brito Capello y Roberto Ivens.

Esta region comprende el nacimiento del Zambeze, y al Norte de éste, los altos valles de Casai y Lualaba, inmensas corrientes de agua, cuya terminacion no es conocida, aunque segun Cameron se reunen para formar el Congo, hipótesis que necesita ser confirmada, y bien podria suceder que se desmintiera por el viaje de Savorgnan de Brazza, si este descubre, lo que no tendria nada de extraño, la continuidad del Lualaba y del Ogoone.

Muchos viajeros han regresado recientemente de esta region; entre otros un aleman, el Dr. Pablo Pogge, que ha visitado el país de Muota Yamro, y el Dr. Emiliano Holub, que ha explorado detalladamente el curso del alto Zambeze y de sus afluentes.

Sobre la costa oriental, los exploradores abundan. Son, sobre todo, misioneros ingleses que van á fundar establecimientos coloniales lo más léjos posible en el interior, marchando sobre las huellas de los viajeros que han recorrido los primeros las diversas rutas.

Así, en la cuenca de Zambeze inferior, sobre los bordes del lago Nyassa, ha fundado Young la colonia *Livingstonia*, á la que se debe ya la exploracion completa de este lago, y la supresion casi absoluta de la trata en estos parajes.

A la latitud de Zanzibar, Roger Price y A. Dodshun, están en camino para fundar una mision sobre los bordes del lago Tanganyika. Un poco más al Norte, G. J. Clark, C. T. Wilsson, O. Neil y Smith, establecen una colonia en la punta del Sur del Victoria Nyanza, sobre terreno de un antiguo campo de Stanley.

Este, habiendo partido de Zanzibar hace tres años, ha efectuado en un vapor la circunnavegacion del lago Victoria, y ha llevado su osadía hasta el extremo de internarse en el lago Alberto. Despues, descendiendo hácia el Sur, ha explorado el curso del Kitangulé Kadgera, señalado por Speke, que, desembocado en el lago Victoria, debe ser uno de los principales orígenes del Nilo. Despues de haber dado á este rio y al lago Akenyara, de donde se forma, los nombres de Nilo Alexandra y lago Alexandra,

se encaminó al lago Tanganyika, que también circunnavegó completamente. Las últimas noticias suyas datan ya de algunos meses, suponiéndose que ha debido penetrar despues más al interior aún para visitar la region desconocida que se extiende al S. O. del lago Alberto.

Durante este tiempo, dos alemanes, G. H. Fischer y A. Denhardt, remontan al rio Dana en el país Galla, mientras que la expedicion italiana de Antinori y Chiarini espera en el Choa (Abisinia meridional) los socorros y refuerzos que le llevan los capitanes Martini y Sechi, para penetrar por el Norte en el mismo país Galla y llegar por este camino al lago Victoria.

De Martini y Sechi se tienen noticias que alcanzan hasta el 19 de Julio, en cuya fecha se hallaban en el campo de Jull Harré, donde la guerra entre dos tribus les habia obligado á quedarse. Engañados por la tribu de los Danakils, envueltos en una lucha entre estos y los Assimarats hubieran intentado vanamente enviar á Shoa en el Oeste ó á Zelia en el Este á algun emisario que pudiese dar á conocer su peligrosa situacion. Habian perdido una buena parte de sus equipajes; sin embargo, no desconfiaban de alcanzar el territorio de Shoa, donde gracias á la proteccion del rey Menelik que se halla muy bien dispuesto en favor de los italianos, esperan encontrar los recursos y medios de continuar su viaje.

Del lado del alto Nilo hace algun tiempo que no se tienen noticias del Dr. Schnitzer (Emin-Effendi), que habia llegado por este camino al Ouganda, al Norte del lago Victoria, ni del Dr. Yunter, que debe hallarse actualmente en el país de los Niam-Niams. Consignemos además la próxima partida para esta region de una expedicion franco-suiza, dirigida por los Sres. Girardin y Blanc de Feigle, y, en fin, la reciente exploracion del Dr. Schweinfurth, en el desierto arábico de Egipto, á lo largo del mar Rojo.

La exploracion del Africa se encuentra, pues, en vías de realizacion, y los numerosos viajeros que se dedican á ella llegarán seguramente á conseguir su objeto en poco tiempo, gracias sobre todo á la parte activa que ha tomado en este asunto la *Asociacion africana internacional*, que dará robustez á los esfuerzos de todos en provecho de la ciencia, del comercio y de la civilizacion.

JORGE BEAUVISAGE.